


# DESDE LOS CONFINES DE LA GALAXIA

A. Thorkent

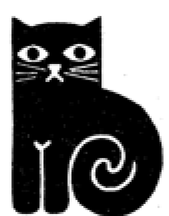
CIENCIA FICCION

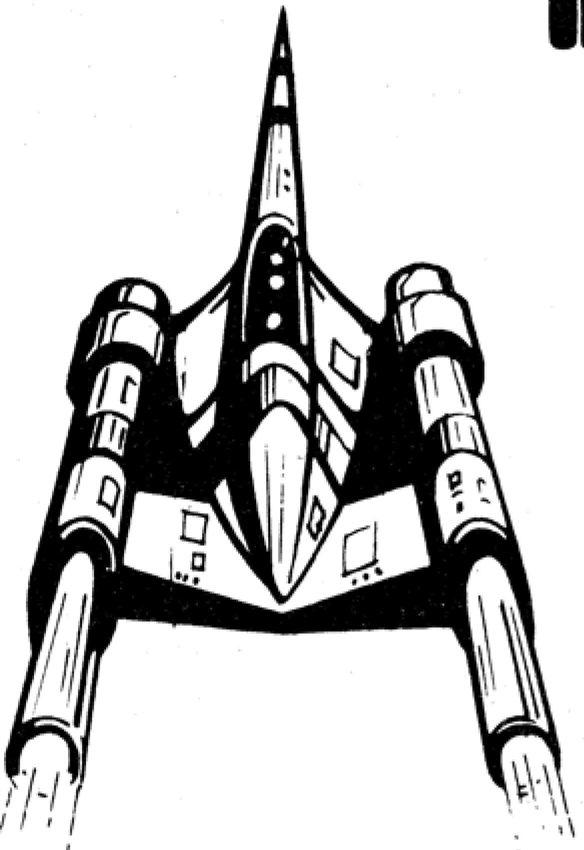



# DESDE LOS CONFINES DE LA GALAXIA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





# La conquista del ESPACIO

# ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

576 — *Enigma* — Glenn Parrish

577 — *Los herederos de la humanidad* — A. Thorkent

578 — *Las torres de Pandora* — A. Thorkent

579 — *Mamá computadora* — Lou Carrigan

580 — *La desintegración del universo* — Glenn Parrish

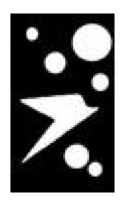
A. THORKENT

# DESDE DE LOS CONFINES DE LA GALAXIA

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 581**

Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 23.850 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: septiembre, 1981



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.** Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

# CAPÍTULO PRIMERO

A la señal del hombre, Zhitae se acercó a la balaustrada.

El mariscal Homurlue mostró a la mujer la reproducción del sistema planetario que flotaba en medio del vacío.

—Creo que es interesante, Zhitae —dijo el hombre moviendo afirmativamente la cabeza. Sonrió y se mesó la larga barba gris.

La mujer torció el gesto y cruzó los brazos sobre su opulento pecho. No parecía estar muy convencida.

—¿Estás seguro, mariscal? No disponemos de mucho tiempo.

—Lo sé, lo sé. Pero las primeras investigaciones indican que tres de los planetas están habitados por seres bípedos, de carbono. El satélite del tercero está siendo acondicionado y los dos grandes planetas disponen de varias lunas con vida, aunque subsistan por medios artificiales.

La mayor de las lunas del octavo planeta también dispone de vida, aunque escasa. Creo que estamos en un sistema solar con un desarrollo medio, equivalente en la escala standard al séptimo nivel.

—Es bajo. Aún no cuentan con naves capaces de llevarles a las estrellas —dijo Zhitae.

—No, creo que no. Pero no tardarán. Supongo que si aún no lo han logrado es porque el esfuerzo de expandirse dentro de estos límites les ha agotado por el momento.

Zhitae miró con atención los planetas que giraban lentamente alrededor del sol amarillo. Luego observó que a todo lo largo del corredor circular se estaban congregando muchos curiosos. Vio a los mariscales, humanos y humanoides, aliados de Armoit. Ninguno de ellos llevaba los distintivos de mando supremo que ostentaba Homurlue en sus hombreras. Reconoció a Miskaletie, con sus tres metros de altura, su rostro de ave de rapiña y sus manos como garras que se aferraban al hierro de la balaustrada. Era el segundo de a bordo y desde hacía tiempo aspiraba a suceder a Homurlue en el mando, antes incluso que la expedición rindiera cuenta en el planeta-capital del imperio armoita.

—¿Muchas razas en ese sistema, mariscal? —preguntó Zhitae.

—Algunas, pero la más importante, la primate, son como nosotros, querida Zhitae. Surgieron del tercer planeta y conquistaron el sistema. Los otros miembros se adaptaron a ellos y algunas formas de vida conviven en amistad e incluso son buenos colaboradores de los humanos,

—No hemos encontrado en todo el Cosmos, durante nuestra larga singladura, humanos, excepto nosotros los armoitas, que tengan suficientes agallas, mariscal. Tal precedente debería servirnos como experiencia y reemprender el viaje.

El mariscal movió la cabeza.

—Disponemos de tiempo. Nuestros enemigos se demorarán bastante a muchos parsecs de aquí terminando de aniquilar a esos testarudos a quienes ofrecimos nuestra ayuda incondicional...

Zhitae disimuló una sonrisa. Como representante del emperador de Armoit y líder estelar de la Gran Alianza no podía desconocer los términos del pacto que firmó meses atrás el mariscal con los desdichados humanoides de Killeath, una formación de mundos situados en medio de la ruta que llevaban los wrunkhos.

Homurlue les advirtió de la visita que recibirían en poco tiempo y les dejó algunas armas que reforzarían las flotas de combate de los killeathitas. Claro que también les aseguró que la victoria estaría de su parte, cuando ningún miembro de la expedición aliada hubiera apostado una mínima moneda por ellos.

Pero al menos retendrían el molesto avance de aquellos seres que habían irrumpido en la galaxia como un vendaval de fuego y guerra.

Ahora la cuestión era decidir si aquellos seres serían capaces de hacer que los wrunkhos perdiesen tiempo en una nueva batalla.

Zhitae colocó delante de sus ojos una pantalla de aumento y estudió más detenidamente el tercer planeta representado en la perfecta holografía. Debía ser un mundo hermoso, con gran cantidad de agua. Las nubes cubrían parcialmente los continentes, en los cuales el verde destacaba.

—Viven varios miles de millones de seres en ese planeta, Zhitae —dijo el mariscal—. Podrían formar un nutrido ejército... si tuvieran tiempo de prepararse. Pero de todas formas estimo que harán un gran papel. Aunque todavía los cálculos no son exactos, presumo que podrían resistir casi cien unidades de tiempo.

No era mucho tiempo, pensó Zhitae encogiéndose de hombros. Empezó a considerar la posibilidad de ayudar con más extensión a esos seres. Si iban a morir al menos que tuvieran alguna posibilidad de triunfo, aunque fuese muy remota.

—Creo que podremos detenernos y completar los estudios, mariscal —terminó asintiendo la mujer.

El mariscal sonrió ampliamente y no se preocupó por ocultar su satisfacción. Sin el consentimiento de la representante del emperador no podía hacer tal cosa.

En aquel momento el gigantesco Miskaletie, Amo y Señor de la Federación de Jiolk se acercó por el pasillo colgante. Todos los curiosos le fueron dejando paso respetuosamente, ya que era sobradamente conocido el malhumor que embargaba al humanoide en determinadas circunstancias. Y aquélla parecía ser una de ellas.

Miskaletie era el mariscal que más ansiosamente expresaba sus deseos de volver al Núcleo de la Gran Alianza. Y tenía sus motivos.

—Si los wrunkhos llegan a nuestros dominios mi Federación será la primera que tendrá que enfrentarse a ellos —había dicho en una reunión de mariscales a la que Zhitae, como moderadora, presidió en nombre del emperador.

—Pero todos sabemos que esos bastardos wrunkhos serán aniquilados apenas rebasen las fronteras del Núcleo —dijo Homurlue.

—Pero mis gentes serán las que soporten el mayor peso de la batalla, aunque colaboren todas las alianzas —graznó Miskaletie—. Si hemos decidido no arriesgar nuestra flota enfrentándola a esos seres asesinos en espacio neutral porque los computadores arrojan un mínimo margen de posibilidad de no vencer, debemos volver cuanto antes y formar una gran fuerza defensiva que impida que ni un solo de mis mundos sea rozado por los rayos invasores.

Desde entonces el Amo y Señor de Jiolk estaba encrespado con Homurlue y a punto estuvo de armar un gran conflicto cuando, por instancia de Homurlue, la flota de la Gran Alianza se demoró un tiempo en los mundos de Killeath para prevenir a sus desgraciados habitantes de la aproximación de los wrunkhos.

El ser de Jiolk se agachó para decir al mariscal Homurlue:

—Será mejor que discutamos en privado, mariscal —miró torvamente por la sala de observación—. Aquí hay muchos seres que

no deberían presenciar una triste discusión entre nosotros y la representante.

—Yo no pienso entablar polémica alguna, jefe Miskaletie —protestó Zhitae.

—Es posible, pero pese a que intentas demostrar imparcialidad, tu condición de humana, tal vez inconscientemente, te hace inclinar a menudo para favorecer las decisiones de Homurlue.

Zhitae enrojeció hasta la raíz de sus rojos cabellos.

—Me ofendes. Pero accedo a clarificar esta cuestión a solas. Vamos.

Se volvió y empezó a caminar por el pasillo. Los dos jefes la siguieron y todo el personal libre de servicio que había acudido al observatorio se apartó al paso de ellos. Los pequeños navegantes de Sirkania y los feroces guerreros de Brentia inclinaron sus cabezas servilmente.

Cuando llegaron al despacho de Zhitae, que ella decidió por ser terreno neutral y donde los dos mariscales, suponía ella, se comportarían con corrección, un robot obedeció la orden mental de su ama y sirvió bebidas.

Zhitae pensó que aquel licor calmaría a los dos seres.

—Sé de tus proyectos, Homurlue, de intentar que este sistema se conviertan en carne de cañón ante los wrunkhos con el fin de ganar tiempo.

—Y eso deberías agradecérmelo, Miskaletis —protestó el mariscal armoita—. Si tanto te preocupa el hecho de que tus mundos son los primeros del Núcleo que el enemigo visitará...

—¡Calla! —le atajó el jiolkiniano—. No me interesa demorar a los wrunkhos, sino volver cuanto antes al hogar y disponerlo todo para la defensa, pero no cargando sobre mis flotas el peso de la batalla, sino dando tiempo a todas la de la Gran Alianza para que formen una defensa delante de mis mundos, por igual todos los componentes que hemos jurado obedecer al emperador de Armoit.

—De todas formas yo sugiero que retrasando el avance del enemigo ganaríamos más tiempo y tus planes defensivos, en los que estoy de acuerdo, se fortalecerán porque...

Zhitae agitó la cabeza. ¡Ni siquiera el enervante licor conseguía

que aquellos testarudos lograsen un acuerdo al menos por una vez! Estuvo tentada de descubrir su verdadera personalidad, tomar el mando y decidir por una vez. Pero tal cosa supondría humillar a los dos mariscales, lo cual no resultaría muy diplomático.

—¡Silencio! —gritó Zhitae alzando las manos.

El humano la miró boquiabierto y el ser de Jiolk pegó un brinco en el asiento y algunas de sus doradas plumas cayeron al suelo.

En seguida Zhitae se arrepintió de haber perdido la calma. Una representante, aunque fuese comisionada personalmente por el emperador no debía utilizar su autoridad salvo en casos extremos. Y aquél no lo era. Al menos todavía. Sus dos interlocutores estaban un poco asombrados ante su imperioso ademán.

Su misión a bordo era solamente de moderadora, no decisoria, excepto que se decidiese a usar su condición, desconocida para todos los componentes de la nutrida expedición.

Zhitae trató de emitir una sonrisa conciliadora.

—Amigos, creo que deberíamos ceder cada uno un poco y llegar a un acuerdo. No olvidéis que a bordo hay otros mariscales, representantes de todos los aliados. Pero vosotros sois los principales jefes y el ejemplo siempre debe ser dado a todos, y no comportarse de forma que recibáis críticas.

—Pero yo soy el líder absoluto de la expedición y...

—Sí, lo sé —atajó Zhitae al mariscal humano. Lo hizo bruscamente, para que Miskaletie no dudase que ella era imparcial—. Pero también tu colega podrá serlo si cuenta con el apoyo de los demás mariscales. No olvides que él sólo tiene que solicitar una votación, que aún no ha usado su derecho a que se elija el jefe supremo.

—Esto sería poco usual —protestó Homurlue.

—Pero legal, no lo olvides. Y aún nos queda mucho tiempo de viaje hasta que rindamos cuenta al emperador en Armoit. Por lo tanto, es exigible que lleguéis a un acuerdo. Conveniente para ambos y para la Gran Alianza, por supuesto.

Los dos mariscales se miraron ceñudos.

—¿Qué podríamos hacer? —preguntó el de Jiolk mirándola.

El humano también se volvió para interrogar a Zhitae con la mirada.

Y ésta, ante la grave situación en que la habían colocado, dijo con seguridad:

—Tomar el camino de en medio —sonrió—. Quiero decir que se puede contentar a ambos, tomando un poco de cada plan. Por ejemplo, podemos tantear a los nativos de este planeta, que no nos llevaría mucho tiempo, pero no hasta el extremo que usamos en el anterior experimento, sino algo más superficial. Si las condiciones que los habitantes de ese sistema son extraordinarias y Miskaletie las admite, él mismo, estoy segura, no dudará en acceder a la perdida de algún período de tiempo y acondicionarlos para que se enfrenten a los invasores.

—Uh —graznó el jiolkiniano—. Tendríamos que consultar con los demás miembros del Consejo de esta expedición. Hay otros que piensan como yo.

—Y la mayoría están de acuerdo con mis decisiones —apostilló el armoita orgulloso.

—No lo dudo —abrió su picuda boca, con aquel gesto que quería mostrar su ironía—. Pero deberíamos saber cómo quedaría la situación después de una votación...

—Oh, por los dioses, caballeros, dejemos esto. Amigos, creo que podríamos intentarlo, ¿no os parece?

Homurlue se encogió de hombros y Miskaletie alzó sus plumas más vistosas, lo que equivalía a consentir en la propuesta de Zhitae.

Pero en seguida dijo el jiolkiniano:

—¿Quién emitiría el juicio para que fuese neutral?

—Pues... Bueno, yo... —empezó diciendo el mariscal humano.

—Por favor —intervino la mujer—. Confíen en mí. Nuestros científicos pueden ocuparse de confeccionar un informe para que las computadoras saquen un análisis conciso. Pero es preciso un acercamiento natural. Por lo tanto, yo iré al interior del sistema planetario en cuestión.

—No deberías, dama Zhitae —protestó el humano.

—¿Por qué no? Eso entra en su cometido —clamó el hombre-ave

—. Yo confío en el dictamen de dama Zhitae.

—Pero podría ser arriesgado. Hemos detectado cierto grado de violencia innata entre los seres humanos…

Miskaletie lanzó su largo graznido, como si fuera una sonora carcajada humana.

—Lógico procediendo de seres humanos. —Y miró fijamente a su colega con sus redondos ojos amarillos.

—No toleraré… —comenzó a decir el mariscal de Armoit mientras se incorporaba de su asiento.

—Está bien así —dijo Zhitae alzando su voz—. No quiero más rencillas. A veces provocáis risas entre los miembros de otras alianzas con vuestras rencillas infantiles, amigos. El emperador no se sentirá muy contento con vuestro comportamiento.

—Está bien, está bien —la aplacó el humano—. ¿Cuándo partirás?

—Inmediatamente. Dispondré una unidad de vuelo temporal.

—¿Actuarás desde un margen independiente del tiempo?

—Es lo más seguro. Si es preciso dialogar con algunos nativos la lógica aconseja disponer de una unidad de vuelo temporal marginal.

—Elija bien la tripulación —sugirió el de Jiolk.

—Iré sola.

—No se lo permitiré —bramó el humano.

—Usted no puede impedirme eso —dijo Zhitae dejando de tutearle. No era la primera vez que cuando la discusión subía de tono todos empezaban a usar los formulismos de la corte imperial.

—Soy el responsable de su seguridad. Usted es sólo un representante del emperador, un mediador entre las distintas alianzas.

—Exactamente. Y como considero que la situación ha llegado a un punto en que las alianzas pueden sentirse afectadas he decidido actuar para mitigar esperezas.

El mariscal abatió las manos, resignado:

—De acuerdo. Y que los dioses, el emperador y la Gran Alianza

nos protejan.

Zhitae sonrió. Había solventado bien la crisis. Por el momento no era preciso descubrir sus poderes. Podía seguir siendo una representante del poderoso emperador de Armoit y la Gran Alianza.

# CAPÍTULO II

Donald Gordon rompió el sello de la décima botella de whisky. Se llevó el gollete a los labios y bebió un largo trago. Chasqueó la lengua y se dijo que era de muy buena calidad.

Rombagle se volvió desde su sillón y miró a su jefe críticamente.

—Te has bebido casi una caja, Don. ¿Qué dirán cuando recojan la mercancía y noten la falta?

—Me importa un rábano. ¿Por qué no bebes tú también un vaso conmigo, Rombagle? —Y le agitó la botella.

—No me sienta muy bien ese brebaje. Pero pienso en mi comisión. Tú sabes que son capaces de descontarnos el importe de lo que te bebas.

—Oh, no te preocupes por eso. Yo la pagaría. Pero no creo que se atrevan a semejante cosa, porque yo no tengo la culpa de llevar en este asqueroso asteroide cuatro días. ¿Quién incumple el acuerdo? ¡Pues ellos, que se retrasan en la cita!

Rombagle bajó del asiento de piloto y anduvo por la cabina con sus cortas piernas y bamboleante cuerpo. Cogió las dos botellas que quedaban en la caja.

—¿Qué haces? —inquirió Don al nativo de Titán.

—Guardarlas. Ya está bien. Tu cuerpo suda whisky por todos los poros. Has bebido con exceso.

—Puedo beberme dos botellas y conducir este carguero de un tirón al sistema joviano, que es lo que debíamos haber hecho en lugar de perder el tiempo aquí miserablemente.

—Ah, amigo Don, lo que te duele es que en este trabajo no te han dejado cruzar el cinturón de asteroides. Te hubiera gustado ir a las lunas de Júpiter, ¿verdad?

—Cállate, maldita copia de gato.

Aquella alusión enfureció a Rombagle. Su lejana semejanza a un felino doméstico de la Tierra no le gustaba desde que una vez Don le mostró la foto de un gato terrestre en celo. Don sonrió. Sabía que Rombagle, en cambio, se enorgullecía cuando se le asociaba con un

tigre.

Furioso, el humanoide alzó las dos botellas e hizo un amenazador gesto de arrojarlas por el conducto de los desperdicios. Don le miró furiosamente, impasible, desde su sillón.

—Si lo haces tú irás detrás de ellas para recuperarlas en el espacio… sin traje.

Rombagle entornó sus felinos ojos y dejó las botellas dentro de una alacena, que cerró y aseguró con llaves, guardándolas en su sucinto traje.

—Dejemos esta discusión. Es tu hora de guardia, Don —y se retiró muy digno al fondo de la cabina de mandos, en donde empezó a disponer su cena.

—¿Qué habría que vigilar? —escupió Don alcanzando su sillón de mala gana—. Estamos olvidados aquí, ¿sabes? Y te prometo que si en las próximas veinte horas no aparece el carguero al que debemos entregar la mercancía, nos volvemos a casita o…

El ser de Titán dejó de comer ante el silencio de Don.

—Termina, termina. ¿Qué ibas a decir?

—O yo mismo llevaré la carga a Ganimedes.

Rombagle emitió su más sarcástica risa.

—Confiesa que quieres ir allí. Eso es lo que te duele en lo más íntimo, Don.

—No seas imbécil…

—Sí, sí. Porque en Ganímedes vive cierta persona que ha herido tu orgullo masculino.

Don entornó los ojos. Aquel maldito gato grande sabía replicar de forma que le fastidiaba. ¿Por qué seguía trabajando con él? Más de una vez habían terminado en una furibunda pelea verbal. Entonces Don se decía que cuando regresasen a la Tierra se rompería la sociedad y cada uno marcharía por su cuenta. Pero luego, serenamente, la sensatez le aconsejaba que perder a Rombagle como colaborador supondría el mayor disparate de su vida.

Además, el carguero aún no estaba pagado. Dejar de llevar contrabando desde la Tierra a las lunas libres no integradas en la

Confederación Solar significaría la quiebra. Los acreedores se les echarían encima en poco tiempo, ya que seguir con el comercio legal, impediría cubrir el pago de los plazos pendientes.

Miró torvamente al titaniano. Después de echarse al coleto un nuevo trago le volvió la espalda olímpicamente. Sería mejor dejar de discutir. Un prolongado silencio le aplacaría los ánimos.

Echó un vistazo distraídamente al panel de mandos. Cuando descubrió el aviso óptico del sistema de detección movió la cabeza, como queriendo expulsar los vapores del whisky.

—¡Eh, Rombagle! —gritó.

El titaniano llegó corriendo y de un salto se colocó sobre su asiento, junto a Don.

—Es una nave. Se acerca lentamente, al parecer en dirección a este asteroide.

—Asegurémonos que no sea un patrullero de la guardia solar confederada —gimió Rombagle.

—¿Cómo va a llegar hasta aquí la GSC? El Cinturón es demasiado grande y nunca patrullan por él…

—No está de más asegurarse antes. Y si es un sucio patrullero todavía estamos a tiempo de poner mucha distancia de por medio.

Don se encogió de hombros mientras el ser de Titán pulsaba los botones de la computadora. La pequeña pantalla se iluminó y la porción del espacio que mostró situó en su centro un puntito luminoso que se acercaba.

El terrestre esperó impacientemente el dictamen de Rombagle.

El humanoide pareció relajarse y miró plácidamente a Don.

—Creo que es el carguero que debía venir a la cita, Don.

Don sonrió y bajó del techo el bloque de comunicación.

—Aquí carguero *Amalgama*. Conteste. Aquí carguero *Amalgama*. Diga quién es. Conteste.

Después de unos sonidos discrepantes, del comunicador surgió:

—Hola, carguero *Amalgama*. Este es el carguero *Gorko*, de Ganímedes. Lamento llegar un poco tarde.

Don arrugó el ceño. Aunque la voz llegaba alterada creía reconocerla. Pidió que le enviase imagen.

—No puedo —replicó la voz, indudablemente femenina—. Nos veremos pronto. Estoy localizando su nave. Descenderé cerca.

Don gruñó y empezó a emitir una señal de tenue potencia para guiarla.

Por la pantalla observó cómo el carguero *Gorko* descendía y se posaba a un centenar de metro de él. El terreno del asteroide no era demasiado abrupto en aquel lugar y los soportes del carguero se afianzaron después de que fueran lanzados dos anclajes.

Don buscó la botella. Necesitaba un trago. Al no encontrarla miró furibundo al titaniano, quien echó hacia atrás sus puntiagudas orejas y se limitó a señalar el conducto de los desperdicios.

—Evidentemente quien venga en esa nave no debe hallar indicios de que te has bebido parte de la carga.

El humano movió la cabeza y crispó los puños, impotentes. Odió un poco más a Rombagle. Seguramente más tarde le daría la razón, pero ahora su presencia le resultaba insoportable.

Bajó la cabina de mando y cruzó el pasillo central para alcanzar la antesala de la unidad de presión.

Alzó la mirada hasta la luz roja. Alguien había entrado en la cámara. Esperó los segundos necesarios para que la presión se estabilizase y luego accionó el sistema de apertura.

Una figura embutida en un traje espacial penetró en la antesala. El frío de su traje se transformó en un charco que se fue perdiendo por el sumidero.

Impaciente. Don ayudó al recién llegado a desprenderse del casco.

Se agitó una cabeza y una cascada de cabellos rojos surgió como un torbellino de fuego. Luego unos ojos grandes y profundos, verdes, buscaron el rostro de Don, quien exclamó en una rara mezcla de alegría y sorpresa:

—Brenda.

—Hola, Don —sonrió la mujer—. ¿Qué tal está Rombagle?

* * *

Cuando se hubo quitado el traje espacial, Brenda movió los brazos como queriendo desentumecer los músculos. Sus senos se movieron dentro del ajustado traje escarlata. Flexionó las piernas y sus caderas se cimbrearon ostentosamente. Don las admiró con arrobamiento.

—Estoy molida —dijo ella—. He viajado sola desde Ganímedes, manteniéndome despierta a base de estimulantes. Tantas horas sentadas en ese sillón… ¡Uf!

—Permítame que te ofrezca una copa —dijo Don invitándola a ir hasta la cabina de mando.

—La estoy necesitando —asintió Brenda Liss.

La chica saludó efusivamente al titaniano, quien se subió a su sillón de pilotaje y acarició con su peluda cara el rostro de ella, a guisa de saludo local de Titán.

—Me alegro verte, Rombagle —dijo ella—. Bien, Don, ¿dónde está esa copa?

Don dijo mirando a Rombagle:

—Ofrezcamos algo digno de ella. Rombagle, saca esa botella que tenemos guardada para las grandes ocasiones, por favor.

Rombagle gimió, pero resignadamente se dirigió a la alacena y entreabrió la puerta, sacando una botella de whisky y procurando que Brenda no viese la segunda que hacía poco él había escondido.

Brenda frunció el ceño al ver la etiqueta.

—Vaya, es una marca cara. Don, deben irte bien las cosas.

—Todo es poco para mi chica favorita —rio Don llenando dos vasos de plástico.

Bebieron.

—Aunque me alegro mucho que hayas venido tú tengo que preguntarte por qué, preciosa. Y además, sola. ¿Qué pasa?

—Problemas con la guardia solar confederada, encanto. Sabemos que están vigilando últimamente el área de Júpiter. Así que por eso concertamos aquí la cita en lugar de hacerte ir hasta Ganímedes, como otras veces.

—No entiendo…

—Yo llevaré la carga hasta su destino. Conozco los medios para burlar la vigilancia de los patrulleros.

—¿Y yo no? Soy un buen piloto…

—No te ofendas. Pero desconoces los planes de vigilancia de los sabuesos. Yo los sé y los dejaré con un palmo de narices. Así, apenas pasemos a mi carguero las cajas me marcharé.

Don puso el gesto adusto y ella se apresuró a aclarar:

—Oh, no te alarmes. Se te pagará como si hubieras ido a Ganímedes. Ni un céntimo menos.

—No era precisamente por eso. Me habría gustado pasar unos días en Ganímedes. Y en tu compañía, por supuesto.

—Eres un primor. ¿Es que todavía no te das por vencido?

—No. Cuando se prueba la dulzura de tu piel y caricias en una habitación sin gravedad no es posible olvidar la experiencia.

Don se acercó a ella y de reojo vio como Rombagle se deslizaba fuera de la cabina. La tomó por los hombros intentó acercarla a él, pero Brenda se mantuvo a distancia y colocó entre los labios de ambos el vaso medio vacío.

—Despacio, encanto —rio ella—. Aquellos días fueron estupendos, lo admito; pero pasaron. No me gustan los compromisos.

—Tu cuerpo ha asimilado el frío espacial —gruñó Don.

—Es posible; pero ahora tenemos una labor que hacer y no hay tiempo para el amor.

Don movió la cabeza, desesperado. Conocía a Brenda y cuando ésta mostraba su falsa frigidez sabía que no había nada que hacer. Pero la recordó entre sus brazos, gimiendo de amor, henchida de placer y se dijo que él se encargaría de que aquellos maravillosos instantes volvieran a producirse.

—Está bien —dijo—. Estoy bajo contrato y tengo que seguir las instrucciones. ¿Qué tal van las cosas en Ganímedes?

—Bastante bien. El Gobierno Confederado no logrará nunca anexiones de las lunas de Júpiter. Fueron colonizadas privadamente y seguirán así. Tenemos allí muchas comodidades y riquezas. Y de lo

que carecemos lo importamos aunque le pese al gobierno y sus malditos patrulleros.

Don asintió. Una multitud de empresas privadas estaban convirtiendo la mayor luna de Júpiter en un lugar maravilloso para vivir. Había industrias y explotaciones mineras, cuyos productos la Tierra se veía forzada a importar, aunque seguía tercamente manteniendo una vieja ley que prohibía la exportación de elementos manufacturados a territorios fuera de su dominio.

Era una forma de forzar a las lunas libres para solicitar la admisión en la Confederación. Pero los jovianos, como se llamaban a sí mismos, se reían de tales pretensiones. Ellos estaban a gusto así y si les apetecía algunas frivolidades de la fierra disponían de dinero suficiente para conseguirles de contrabando.

—Algún día me estableceré allí —aseguró Don.

—Sería factible, ya que posees un historial aceptable para la Junta Joviana.

—Sí, claro, un historial que si cayera en manos de la guardia solar supondría para mí un montón de años de cárcel.

—Abandona la ciudadanía terrestre y consigue la de Ganímedes.

—Lo haré. Por ti.

—Gracias. Dejemos ese tema. ¿Por qué no ordenas a tus robots que empiecen el traslado de la carga?

—¡Rombagle! —gritó Don. Se echó un chorro de whisky en su vaso. Cuando interrogó a Brenda con la mirada ella respondió que no con la cabeza.

Pero entonces empezó a fijarse en la etiqueta de la botella, frunciendo el ceño.

Don empezó a silbar y dijo a Rombagle que lo fuera preparando todo para transbordar la carga al *Gorko*.

Dejó el puente de mando cuando Brenda tomó la botella y empezó a fijarse en el número de serie del precinto roto, Rombagle le esperaba fuera, dirigiendo la fila de robots hacia la bodega.

Don miró pensativamente la marcha de aquellas formas cúbicas con una docena de poderosos brazos. A su lado, Rombagle rio con su característica entonación aguda.

—Se te ha quitado la borrachera, amigo.

—No he estado borracho. Brenda parece que ha descubierto lo del whisky.

—Eso era de prever, ¿no?

—Bueno, pensé que sería otra persona quien viniera a por la mercancía. A un tipo no me hubiese importado romperle la cara. Pero ¿qué diré cuando Brenda note la falta?

Suspiró y abatió las manos.

—Me temo que habré perdido el terreno ganado. Ella me odiará.

# CAPÍTULO III

Louis Craig pensó que por fin, después de muchos días de esfuerzo y paciencia, tenía el triunfo al alcance de la mano.

El rastreador le indicaba que la nave que perseguía desde que salió de Ganímedes, después de introducirse en el Cinturón de Asteroides se había posado en Hebe.

Hebe era un asteroide de regulares dimensiones, unos cientos setenta kilómetros de diámetro, casi una esfera perfecta.

El teniente Craig deceleró y disminuyó la potencia de sus motores al mínimo. Durante varios minutos estuvo acercándose a Hebe trazando una amplia parábola.

Los contrabandistas no podrían darse cuenta que él estaba allí hasta que no fuese demasiado tarde para ellos.

Pensó que la nave matriculada en Ganímedes con el nombre de *Gorko* se detendría unas horas en Hebe, donde seguramente debía estar esperándole la mercancía, tal vez oculta en alguna oquedad.

Pero cuando Louis Craig usó el potente telescopio y descubrió sobre la abrupta superficie del asteroide dos cargueros todo el optimismo se le vino abajo.

Eran cargueros de modelos idénticos, imposibles de reconocer desde el espacio. Ya no sabía cuál era el *Gorko*. Posiblemente el otro no se había limitado a llevar allí la carga ilegal desde la Tierra, sino que estaba esperando para vaciar sus bodegas.

Y tal vez ya habían concluido la operación, pensó. Podía ocurrir que las dos naves de transporte despegasen al mismo tiempo. ¿A cuál debía seguir él para obligarla a detenerse y confiscar el cargamento además de apresar a los tripulantes?

Lógicamente tenía que dedicarse a la que llevaba la carga hacia Ganímedes. ¿Pero cuál sería de las dos? Durante un buen montón de miles de kilómetros ambas avanzarían a poca velocidad con el fin de sortear los innumerables trozos de rocas y asteroides del Cinturón. Luego, en espacio abierto, cada una aceleraría y sólo entontes sabría cuál ponía rumbo a Ganímedes. Entonces sería tarde para apresarla.

Aunque su patrullero era veloz sabía que aquellos condenados

contrabandistas disponían de buenas naves, tan rápidas como las unidades del GSC.

Mientras seguía aproximándose al asteroide pensó lo que debía hacer.

Había querido realizar aquella misión porque convenció a sus superiores que un sólo patrullero podría apresar a un escurridizo contrabandista de las lunas libres. Si no volvía a la base con una presa lo iba a pasar mal, porque no se hubiera visto inmerso en el dilema si otro patrullero le hubiese seguido.

Cuando estaba a mil kilómetros de Hebe ya tenía decidido lo que hacer.

Tomó el comunicador y lo abrió en la onda adecuada para que los dos cargueros pudiesen oírle.

* * *

Don entró en el puente de mando y dijo a Brenda, que había seguido por las pantallas las operaciones de traslado de la mercancía a su carguero.

—Está todo listo, preciosa —dijo Don, dejándose caer en su sillón de pilotaje. Puso los pies sobre el de Rombagle, quien al entrar y verlo comenzó a protestar.

—Tus robots han tardado demasiado —dijo la chica.

—Son viejos y necesito reemplazarlos —Don le tendió unos papeles—. Oh, siento no haberte dado antes la lista. Puedes firmar el conforme y darme el talón conformado.

Ella sonrió y tomó la lista, entregando a Don un rectangular papel.

—Ten cuidado. Puede decirse que la tinta está fresca.

Don tomó el cheque sonriendo, pero su alegría se esfumó cuando leyó las cifras.

—¡Eh! Hay un error. Faltan mil créditos exactamente.

—El pago está correcto —rio Brenda mientras empezaba a ponerse el traje espacial ayudada por Rombagle. Los mil créditos son por el whisky que te has bebido.

—¡Mil créditos por unas botellas! Estás loca. No valen ni la décima parte.

—En la Tierra tal vez no, pero sí en Ganímedes. Allí nos cuesta mucho una botella de whisky.

Don se levantó furioso, blandiendo el cheque como si fuera un garrote. Brenda se ajustó el cinto y puso las manos en jarra, mirándole desafiante.

—Es justo, Don. Y otra vez te traes tu provisión de whisky. ¿Creías que no iba a darme cuenta que faltaba mercancía? He estado vigilando a los robots y uno de ellos iba demasiado rápido. Su contenedor no estaba completo. Luego, por control remoto, he pesado la carga en mi bodega. ¿Me equivoco, cariño?

—No, no. Pero no es justo que me quites mil créditos. Si me bebí esas botellas no fue por culpa mía, sino porque llevo demasiado tiempo aquí esperando.

—No es excusa. El contrato especifica que tu trabajo puede durar treinta días y aún no han pasado veinte. Es lo mismo que los usaras viajando hasta Ganímedes o esperando aquí como un espantapájaros.

—Eres…

—¿Sí? ¿Qué soy?

Don soltó una carcajada.

—Magnífica. Pero terriblemente tacaña. Está bien. Acepto la lección. Lo tengo merecido.

—¿Amigos entonces?

—Me gustaría que fuésemos más que eso. ¿Por qué no te quedas un par de días? Aún tengo whisky, por cierto pagado a peso de oro…

—¡Don! —aulló Rombagle, saltando en su sillón—. Es una llamada de prioridad, en banda libre. ¿Te imaginas? ¡Tenemos encima un patrullero!

—¿Cómo es posible? —exclamó Brenda.

Don se colocó delante del comunicador, mirando perplejo el zumbido de llamada. Lentamente acercó la mano al conmutador.

—¡No contestes! —le gritó Brenda deteniendo la mano—. Volveré a mi carguero. Ambos saldremos al mismo tiempo. Eso le

desconcertara y podríamos huir —señaló los indicadores del detector, que hasta ese momento y debido a la aproximación de la nave de la GSC no la habían señalado—. Se trata de una nave con un solo piloto. No podrá maniobrar para apresarnos.

—Pueden haber más naves...

—Lo dudo. Ese puerco de guardia solar ha debido estar siguiéndome desde que salí de Ganímedes. Lo sospechaba. Su pequeña masa ha podido engañarme; pero varias naves no lo habrían conseguido.

—De todas formas debo hablar con él. Mientras tanto tú puedes volver a tu nave y estar dispuesta para la huida.

Brenda se mordió los labios. No se movió. Don asintió y movió el conmutador.

—Le escucho. Identifíquese —dijo Don.

—Les habla la guardia solar confederada. Quedan detenidos y los dos cargueros serán intervenidos.

—¿De qué se nos acusa? —preguntó Don, instando con la mirada para que Brenda se marchase a su nave.

—De contrabando.

—Estamos en espacio confederado y no pueden tener evidencias de que nuestro propósito es ilegal.

—Eso será comprobado. Uno de los cargueros está registrado en Ganímedes. ¿Tengo que decirles que la existencia de artículos restringidos es una prueba?

—Bien, ¿qué quiere que hagamos?

—Envíeme imagen del número exacto de tripulantes que tiene cada carguero.

Bruscamente, Brenda cerró la comunicación.

—¡No sabe cuál de las dos naves es la mía, la que partió de Ganímedes!

—No es posible. Mis palabras le habrán indicado que hablo desde aquí —dijo Don.

—Olvidé decirte que no cerré el comunicador de mi nave y tú has

estado hablando por doble onda —Brenda rio nerviosamente—. Ese patrullero estará desorientado todavía.

—¿Qué podemos hacer?

—¡Aquí la guardia solar! —gritó la voz del teniente—. ¿Por qué no hablan? ¡Quiero que me respondan inmediatamente!

Brenda suspiró y sacó de un departamento de su traje espacial una pequeña cajita metálica.

—¿Qué es eso? —preguntó Don observándola intrigado.

—Un mando a control remoto. Observa, Don.

Miraron por la pantalla que mostraba el carguero *Gorko*. La nave lanzó fuego por sus toberas y se elevó bruscamente del asteroide.

—Supongo que sabrás lo que va a pasar —murmuró Don, impresionado.

—Y espero no equivocarme. Si ese oficial es tonto creerá que nosotros nos vamos en el *Gorko*.

Segundos después pasó velozmente el patrullero sobre sus cabezas en persecución del carguero que se alejaba.

—Vamos, no perdamos tiempo ahora. Despeguemos cuanto antes. El teniente no tardará en alcanzarlo y cuando se dé cuenta que está persiguiendo una nave vacía se pondrá furioso.

—¿Vacía? —masculló Don—. Dentro va una fortuna en mercancías.

—¿Crees que no lo sé? —replicó furiosa la chica—. No me lo recuerdes.

—Oh, lo siento. Soy un estúpido. Lo que has hecho te acarrearán problemas.

—Vámonos de una vez, maldito seas, Don.

Don hizo una señal al asustado Rombagle y ambos ocuparon sus puestos de pilotaje.

Segundos después la *Amalgama* se alejaba de Hebe, en dirección opuesta a la estela de fuego del patrullero.

* * *

—Pienso que una copa me vendría estupendamente ahora —suspiró Brenda.

Habían transcurrido varias horas.

Don regresó de la alacena con la última botella de whisky, ante la reprobadora mirada de Rombagle.

—Bribón —rio Brenda viendo como Don llenaba los vasos—. Me pregunto cuántas cajas nos habías escamoteado.

—Lamentablemente no hay más. Y puesto que se perdió la mercancía me habría gustado robarte más.

—El cheque —dijo Brenda bebiendo un sorbo.

—¿Qué pasa con el cheque?

—Deberías devolvérmelo. Al fin y al cabo no entregaste la mercancía.

—Estás loca. No discutamos eso ahora. Preciosa, necesito dinero para que los usureros de la Tierra no me dejen sin medio de ganarme la vida. Dime, ¿tendrás problemas cuando regreses a Ganímedes?

—No. La mercancía estaba asegurada.

—¿Cómo es posible? —rio Don—. No puedo creer que podáis asegurar contrabando.

—Así es. Por eso sube tanto lo que importamos de la Tierra.

Se volvieron cuando oyeron a Rombagle lanzar una imprecación en la silbante lengua de Titán. El humanoide dio unos saltos en su sillón, al tiempo que mostraba los detectores.

—Volvemos a tener detrás nuestra un patrullero. Y aunque la señal no es muy clara, parece que otras naves vuelan detrás.

—¿Se trata del mismo patrullero que intentó apresarnos en el asteroide?

—No estoy seguro; pero me temo que sí. Cuando descubrió el engaño debió llamar a sus compañeros.

—Eso es imposible. La base más cercana de la guardia está en Marte, que se halla al otro lado del sol —exclamó Brenda.

Don movió la cabeza.

—Lo siento, pero la guardia instaló recientemente una base pequeña en el asteroide Ceres. Hemos tenido, al parecer, la mala suerte de encontrarnos con su amplia órbita sideral a poca distancia.

Después de un tenso silencio, Brenda preguntó a Don, quien se había estado ocupando de realizar cálculos con la computadora:

—¿Qué posibilidades existen de escapar?

—Mínimas, por no decir ninguna —masculló Don—. Son más de diez patrulleros y podrán cercarnos antes de una hora.

—Don, Don —masculló Rombagle—. ¿Qué demonios es eso que tenemos enfrente?

—¿Más naves? —gimió Don.

—Eso no puede ser una escuadrilla de patrulleros.

Los pelos de Rombagle se erizaron al añadir:

—Es demasiado grande, una masa gigantesca e invisible al mismo tiempo.

# CAPÍTULO IV

El teniente Craig se humedeció los labios.

Después de la desagradable sorpresa que sufrió al abordar la nave y encontrarla vacía de personas, aunque la bodega estuviese llena de mercancías, ahora iba a tener la oportunidad de vengarse.

Dejó el carguero después de balizarlo para ser localizado más tarde con facilidad. Regresó a toda velocidad al asteroide.

Entonces recordó que la trayectoria del asteroide Ceres lo estaba situando a poco más de cien mil kilómetros de distancia. La nueva base ya disponía de patrulleros que podían reunirse con él en menos de una hora.

El comandante de la base escuchó su conciso informe y le envió la ayuda solicitada.

Louis Craig estuvo siguiendo el leve rastro que dejaba el carguero que huía, mientras él radiaba constantemente a sus compañeros su situación. Ya podía detectarlos a más de medio millón de kilómetros, distancia que iban acortando rápidamente puesto que el carguero fugitivo se desplazaba trazando una curva y no en línea recta.

Ya podía incluso ver la silueta ampliada del carguero en la pantalla. Craig pensó que tenía la victoria tan cerca que podía palparla.

Entonces su sistema de detección empezó a chirriar desorbitadamente, como enloquecido.

Craig parpadeó, asustado. ¿Qué era aquello? Parecía tratarse de una potente masa energética situada delante de él, más incluso del carguero contrabandista.

¡Había surgido súbitamente! Segundos antes no estaba allí. Sus precisos aparatos de detección no mentían. La nave patrullera estaba a menos de cincuenta kilómetros de esa extraña masa. Y entre ésta y él, el carguero que no parecía variar su dirección que irremisiblemente le llevaría a hundirse en aquella cosa inverosímil.

El teniente echó manos del comunicador. Al menos avisaría a sus compañeros que iban detrás para que virasen a tiempo. Lo que fuese, aquello podía ser peligroso.

Pero el comunicador no funcionaba. La gran masa parecía estar afectado los mecanismos más sensibles. Incluso los detectores no respondían y los datos que le enviaban eran confusos.

Miró por la pantalla e incluso podía ver la masa, que ya no era tan invisible, sino que parecía mitigar el resplandor de las estrellas.

Respiró ruidosamente. No podía avisar a los demás patrulleros que le seguían. Sólo podía confiar en que éstos, por encontrarse más lejos, tuviesen tiempo de variar el rumbo

El ya no podía hacerlo.

Se dirigía directamente a la misteriosa masa energética

En la cual ya había desaparecido el carguero.

* * *

—¿Qué es esto? —musitó Brenda mirando la pantalla que mostraba unos girones de niebla que imposibilitaba ver el entorno.

—Daría la botella a cambio de la respuesta —rio Don.

—Y yo me la bebería —aseguró el titaniano—. Estamos perdiendo velocidad.

—¿Falla el sistema de impulsión?

—No. Están a toda potencia. Pero es como si resbalasen en algo mucho más poderoso. Como si estuviésemos dando vueltas aunque todo indique aparentemente que nos desplazamos en línea recta.

—Apaga los motores —pidió Don a su socio.

—Ya está —dijo Rombagle después de mover una larga fila de botones—. ¿Y ahora?

—Esperar. ¿Qué otra cosa podemos hacer? —replicó cruzándose de brazos.

Brenda se inclinó sobre los lectores, frunció el ceño y después masculló una imprecación que incluso sobresaltó a Don.

—Apenas captan nada más allá de esta extraña masa de fuerza. Pero las naves que nos seguían, excepto una, se han detenido en el espacio.

—Tal vez estén dando media vuelta —sonrió Don—. Es lo más

sensato si aún están a tiempo.

—No he querido decir eso —silabeó Brenda—. Digo que están quietas, como detenidas súbitamente. No avanzan ni un metro. Y eso no es posible.

Don, molesto, se levantó y se puso al lado de la chica. Leyó los dígitos, pero al mismo tiempo pasó las manos por las nalgas.

—Quieto, amigo. Este no es el momento —dijo ella retirándole la mano que la acariciaba.

—Lo siento. Quería tocar algo sólido para darme cuenta que no sueño —rio Don—. Estos cacharros se han vuelto locos, sencillamente. Ni siquiera registran la penetración cósmica en el casco de la nave.

Y Brenda se volvió hacia él.

—Por la sencilla razón de que todo lo que está fuera de esta nube estelar se ha detenido, estúpido. Ni siquiera los rayos del sol, de las estrellas, avanzan.

* * *

—Hay algo que se mueve —indicó el titaniano señalando la pantalla visual.

En ella vieron como una pequeña luz opaca avanzaba hacia ellos a través de los extraños girones de aquella niebla que parecía espesarse a medida que el carguero seguía su marcha hacia el centro de la masa.

—Es el patrullero que quiso apresarnos en el asteroide, sin duda.

—Pero los demás quedaron fuera. Ese desgraciado no tuvo tiempo de maniobrar y escapar.

—Sí, es tan desgraciado como nosotros —suspiró Brenda.

—De eso no hay duda —subrayó Rombagle—. Escuchad. Parece que va a hablarnos.

Del tornavoz del comunicador salió la voz del teniente, muy distorsionada y confusa:

—...¡Ultima vez, ríndanse! Les habla el teniente Craig, de la guardia solar confederada. Si no me obedecen dispararé.

Don agarró el micrófono y gritó:

—¡Váyase al mismísimo infierno y cúbrase de mierda, teniente! Pero por Dios, teniente, ¿es que no se ha dado cuenta dónde estamos?

Después de unos instantes de silencio, el teniente dijo:

—La verdad es que les agradecería que me lo dijesen si lo saben.

—Mire, seamos sensatos. Estamos metidos en un buen lío. Los propulsores no funcionan y los chismes de a bordo están locos. Y vamos directamente al corazón de esta masa energética.

—Posiblemente sabremos cuando estemos en el punto central teórico lo que va a pasamos... Por cierto, ¿quiénes son ustedes?

—Aún no ha llegado el momento de las presentaciones. Pero estoy de acuerdo con usted en que dentro de poco, cuando alcancemos el centro, sabremos de qué forma moriremos,

—Sean optimistas. Es posible que sigamos adelante, crucemos este puré de guisantes y salgamos por el otro lado.

—Entonces nos despediremos de usted, teniente, ahora mismo. No queremos darles más datos sobre nosotros. ¿Lo comprende?

—Sí, desde luego. Usted debe ser de la Tierra y quiere mantener en secreto su personalidad. Pero también deben estar allí otras personas oriundas de Ganímedes, ¿no? Me refiero a las que llevaron el carguero que perseguí y que usaron cómo señuelo.

Brenda se acercó al micrófono.

—No le temo, teniente. Soy Brenda Liss. Y usted debe ser el cerdo que ha estado persiguiéndome desde que salí de las lunas de Júpiter, ¿no?

—Exacto. Terminaré atrapándola, señorita Liss.

—Nadie lo ha hecho todavía y usted, parece bisoño para lograrlo.

—No lo crea. Sé que es usted muy bonita además de lista.

—¿Me conoce?

—Hace dos años visité Ganímedes de incógnito.

—Ya. Como un asqueroso espía.

—Es una fea palabra. Estaba recabando información. Me dijeron que usted pertenece a la Junta Joviana y que se jacta de burlar la

vigilancia de los patrulleros. La vi de lejos y me prometí a mí mismo que algún día la capturaría.

—Bueno, su trabajo es intentarlo. Hasta luego, teniente.

—Ha sido un placer, señorita Liss.

Cansada de tanta palabrería, Don recogió el micrófono.

—Usted debe estar loco, teniente. Se comporta como si pensase salir de aquí. ¿No cree que vamos a morir todos?

—No estoy tan seguro. No sabemos qué es esto. Esa misma ignorancia debe impedirnos pensar que estamos perdidos.

—Bien, lo sabremos dentro de pocos minutos, cuando alcancemos el centro. Teniente, ¿no nota que el resplandor se hace más fuerte? Calculo que antes de media hora habremos llegado al punto álgido de esta masa, sea lo que sea.

—Vaya, por una vez estoy de acuerdo con usted, contrabandista —se escuchó reír al teniente—. Con tanta charla parece que no se han dado cuenta que mientras mi nave adquiere cierta velocidad la de ustedes la aminora, como ambas tuviesen que llegar al centro de esto al mismo tiempo. ¿No es curioso?

Perplejo, Don hizo girar los visores de la pantalla. Por babor se acercaba el patrullero. Estaba a menos de mil metros de ellos. Al cabo de unos segundos estaban uno al lado del otro. Y así avanzaron por aquella masa que se hacía por instantes más densa. Don se derrumbó en el sillón. Sudaba copiosamente.

—Es para volverse loco. El Universo parece haberse detenido y nosotros avanzamos por esta masa desconocida o es la masa la que se aproxima a nosotros, como si su centro luminoso quisiera engullirnos.

—O es la masa que se está contrayendo —sugirió Brenda.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el titaniano, con los pelos erizados.

—Que ya tiene su presa, o sea nosotros, y nos cierra la trampa.

—¿Una masa viva, que terminará devorándonos? —preguntó Rombagle en un hilo de voz.

—No hagas caso de Brenda, amigo —dijo Don—. Está desarrollando últimamente un extraño sentido del humor.

Ella rio nerviosamente.

—Sí, es cierto. Don, necesito un trago.

El hombre abrió la botella de whisky. Bebió un largo trago en el gollete y luego de limpiarlo se la ofreció a la chica, quien hizo otro tanto.

Luego, ante la mirada asustada de Don, la arrojó por el vertedero. Se volvió para mirarle desafiante.

—Basta de beber. Un poco eufóricos, sí; pero debemos estar serenos para enfrentarnos a esa cosa horrible.

A Don le desapareció la rabia y consideró que la chica era portentosa. No perdía la calma. ¿No había dicho el teniente que ella pertenecía a la Junta Joviana? Para ser uno de sus miembros debía tener excelentes cualidades.

—No sabía que pertenecieras a la Junta —dijo Don, sacando un cigarrillo.

—Lo soy desde hace tres años. Pero lo que me ha sorprendido es que el teniente lo averiguase cuando estuvo espiando en Ganímedes. Excepto la cabeza visible de la Junta, nuestro presidente Lestone, los miembros del Consejo permanecen en el anonimato. Debe ser un tipo listo ese Louis Craig.

—No lo creo. Si fuera listo no se habría metido en esta trampa.

—Nosotros también estamos en ella, ¿no? —rio Brenda.

—Pero huíamos de él.

Ante el chillido de Rombagle, los dos humanos se acercaron de nuevo a los paneles de mando. La pantalla enfocaba ahora la proa del carguero. Ante ellos había un cegador reflejo blanco.

Don entornó los ojos y activó el filtro del visor. Al instante el resplandor disminuyó.

—Bien, ya estamos en el centro. Ahora sabremos si continuamos hasta salir por el otro lado o serviremos de aperitivo a esta masa de energía o lo que sea.

* * *

Aunque lo intentó varias veces, el teniente no consiguió hacerse

oír por los ocupantes del carguero.

Los contrabandistas debían haber cerrado el comunicador o la misma masa energética que les envolvía impedía ya la comunicación, tal vez debido a la proximidad del núcleo.

Craig se colocó la armadura de combate y empezó a respirar el oxígeno de su depósito. Si la presión o algo desconocido hacía estallar el patrullero debía estar preparado, aunque en seguida se preguntó qué podría hacer él solo flotando en el espacio.

Le hubiese gustado seguir en contacto con los tripulantes del carguero. Por el momento todos debían olvidar quienes eran y sus deberes y aunar esfuerzos para salir con vida de aquel terrible espacio dominado por la bruma.

Ya no se veían las estrellas, pero éstas aún enviaban su brillo a través de girones de niebla.

Seguía teniendo, empero, contacto visual con el carguero.

Se colocó las armas al cinto y luego colocó cerca de él el proyector láser de gran calibre, el impulsor individual y se sujetó a la espalda un cinturón de emergencia, con alimentos, agua concentrada y explosivos.

Prácticamente se había convertido en un arsenal viviente.

A través de su casco, por el visor polarizado, Craig contempló el fuerte resplandor que parecía ser el núcleo de aquella cosa.

Podría jurar que las dos naves se habían detenido.

Y al menos por el momento no habían sido devorados ni comenzado una desintegración del casco de su nave. Miró hacia el patrullero, situado a pocos metros de él. Seguía intacto.

Súbitamente la niebla se disipó y Craig ahogó un grito de sorpresa cuando observó que dos naves estaban posadas en lo que parecía ser una interminable rampa de aterrizaje de suelo de metal, que se perdía en el infinito.

Una fuerte voz que parecía brotar de todas partes, con autoridad, le gritó:

—Salgan.

# CAPÍTULO V

Después de una corta espera, Zhitae dijo:

—Entren.

Los tres humanos y el titaniano avanzaron hacia ella. A sus espaldas, la puerta se deslizó silenciosamente, transformándose en muro al cerrarse y siendo imposible distinguir donde había estado.

Se detuvieron.

Don miró asombrado aquella estancia circular y grande, con un techo en forma de cúpula debido a su enorme altura no podía ver con nitidez.

Pero inmediatamente prestó atención a la mujer que de pie delante de ellos les aguardaba junto a una pequeña mesa de apariencia cristalina. Sobre ella había un conjunto de esferas flotantes de diversos colores.

Reconoció que se hallaba delante de una beldad. La mujer era alta, casi tanto como él, de una belleza irreal, mística. Su ligero vestido semitransparente permitía un juicio de su escultural cuerpo y éste resultaba concluyente. Don podía jurar que se hallaba delante de la mujer más hermosa y atractiva que nunca había visto.

Incluso las semifabricadas estrellas de la *Tri-di* terrestres eran parodias a su lado.

—¿Quién es usted? —preguntó mirándola a los ojos, queriendo saber el color de éstos.

—Yo haré las preguntas —dijo la mujer.

Don se sobresaltó un poco. La voz de la mujer resultaba un poco dura, fuera de lugar para una belleza semejante, a la cual debería corresponderle al más dulce y cautivador.

De soslayo pudo ver que Louis no parecía tan afectado como él ante la presencia de aquella extraña mujer. El teniente vestía su complicado traje de combate, pero el casco lo llevaba colgando de la mano de forma desmadejada.

Por su parte, Brenda fruncía el ceño y como fémina no parecía muy cómoda frente a una mujer de belleza exultante.

—Acérquense —dijo la mujer indicando la mesa.

Caminaron hacia allí. De forma súbita habían surgido asientos, de color blanco. De nuevo la mujer tuvo que hacerles señas para que se sentasen. Notaron que los muebles se acomodaban a su anatomía.

La anfitriona hizo lo propio, cruzando las esbeltas piernas y por vez primera sus sensuales y rojos labios emitieron una levísima sonrisa, como si quisiera dar confianza a los huéspedes.

Se produjo un tenso silencio y en él Don rememoró apresuradamente lo que había pasado desde que escucharon dentro de la nave la orden imperiosa para que salieran.

No se la hicieron repetir y abandonaron las naves. La presencia del teniente a su lado sólo le conturbó ligeramente, Pero ya no podían considerarse como fugitivo y un representante de la ley, sino como cuatro seres que se enfrentaban a algo inauditamente desconocido.

La misma voz, surgiendo de todas partes, de cada átomo de la inmensa catedral desnuda donde estaban posadas las naves, les indicó que caminaran. Los fue conduciendo por diversas estancias, todas iguales, incoloras, brillantes y descomunalmente grandes.

El paseo terminó cuando entraron en la sala circular. Allí estaba la dueña de la voz dominante, de una sequedad que parecía impropia para una criatura de tan dulce belleza

La mujer los miró y dijo:

—Soy Zhitae. Llámenme así. Supongo que ustedes son típicos representantes de la raza dominante en este sistema planetario, ¿no?

El titaniano se movió nervioso. Don pensó que su amigo se había ofendido ligeramente. Intentó dirigirle una sonrisa de confianza y dijo antes que hablasen sus compañeros

—Evidentemente, sí. Mi nombre es Donald Gordon; la mujer se llama Brenda Liss y él es Louis Craig.

Zhitae miró al teniente.

—¿Por qué va tan armado?

—Es un militar —dijo Don—. Representa la ley y el gobierno del planeta tercero.

Zhitae le estudió con interés.

—¿Entonces está capacitado para responderme en nombre de su gobierno, Louis Craig?

El teniente abrió la boca asombrado.

—No… Creo que no. Sólo soy un oficial dedicado a la represión del contra…

—Bueno, teniente —le interrumpió Don—. Es de suponer que esta señora no está interesada en nuestros problemas domésticos. Por Dios, teniente, ¿es que no se da cuenta de la situación?

—Bueno, yo…

—Vamos, Craig —rio Brenda—. Ella no pertenece a nuestro sistema solar. Es una alienígena, venida de algún confín de la galaxia o de otra.

—¿Es cierto? —preguntó Craig a Zhitae.

—Así es. Pensé que lo comprenderían todos en seguida.

—Y esta encantadora dama es la dueña de la masa de energía que nos ha atraído después de aparecer súbitamente delante de nuestras narices —dijo Don—. Ahora nos corresponde preguntarle para qué.

Con una ligera sonrisa de complacencia en sus labios, Zhitae miró a Don.

—Gracias. Parece que usted puede facilitarme las cosas.

—Llámeme Don, simplemente.

—¿Qué quiere decir?

—Que cuando dos personas se aprecian, según nuestras costumbres se tutean.

—¿Tutean? No sé qué quiere decir.

—Que podemos confiar el uno en el otro y hablarnos con más cordialidad.

Don notó que ella parecía dulcificar su voz. Ya no hablaba de forma seca y átona como al principio. Estaba ensimismado admirando la belleza de Zhitae cuando fue sorprendido por el violento gesto del teniente.

Craig se había levantado y empuñaba un láser en la mano

derecha.

¡Y estaba apuntando a Zhitae! Don masculló entre dientes. ¿Qué podía esperar de aquel tipo, con el cerebro medio lavado, drogado a causa de las consignas, reglamentos y leyes que le habían metido en la cabeza con calzador desde el primer día que entró en la Academia?

—Guárdese esa pistola o métasela donde le quepa perfectamente, teniente —masculló Don—. ¿Es que se ha vuelto loco?

—¡Nada de eso! —exclamó el teniente, retirándose del sillón—. Esta mujer y los que la acompañen han violado el espacio confederado. Mi deber es conminarla a que se rinda, nos devuelva a nuestras naves y se marche.

—No es su comportamiento el más diplomático, demonios.

—Cumplo con mi deber.

—¿De veras? —sonrió Don irónico—. Está haciendo el ridículo, eso es todo. ¿Pero es que su cabeza de mosquito no puede pensar como un ser humano sin que le duela? Vamos, deje esa pistola y escuche primero a nuestra linda anfitriona.

Brenda también se puso en pie. Con las manos en jarra miró con asco a los dos hombres.

—¡Vaya dos representantes de la raza humana! Uno se cree que está dirigiendo el tráfico a la salida de un colegio y el otro sólo tiene ojos para admirar a esta mujer y se convierte en su defensor a ultranza. ¿Por qué cada uno no recuerda la sensatez?

—Yo me encargaré de todo —dijo el teniente—. Enviaré un mensaje a la Tierra para que envíen la flota y rodeen esta nave. Seguro que la masa es sólo un camuflaje y dentro está la fuerza invasora. Tomaré a la llamada dama Zhitae como rehén y...

Exasperado, Don se levantó y aprovechó que Louis vigilaba a Zhitae. Le colocó un sonoro y poderoso puñetazo en la mandíbula. El teniente soltó la pistola y lanzó un grito de dolor. Don sabía que no podía golpearle en el pecho, debido a la coraza de combate. Así, volvió a darle dos puñetazos en la cara, hasta tumbarlo de espalda.

Se volvió hacia Zhitae, acariciándose los dolorosos nudillos.

—Le ruego que disculpes a este bruto. Los guardias confederados son buenos chicos, pero algo brutos.

Con asombro vio que Brenda se arrodillaba junto al caído y le espetaba:

—¿Bruto dices? ¿Qué eres tú? No hacía falta pegar tan fuerte al pobre muchacho. ¡Bestia!

Don suspiró y se alzó de hombros. ¿Quién entendía las mujeres y sus imprevisibles reacciones?

Zhitae se levantó, sonriente. Acercóse a Don y le tomó una mano.

—Gracias. Pero tu amigo no habría podido hacerme nada. Cuando sacó esa tosca arma ya estaban dispuestos los sistemas que me defenderían.

—¡No es mi amigo!

—¿Ella tampoco?

Don titubeó y recibió la fulminante mirada de Brenda, que acariciaba el mentón de Craig y el ojo derecho, que se le empezaba a poner morado.

Zhitae se acercó al titaniano y le acarició el sedoso pelo. Rombagle se encogió en su sillón, pero terminó aceptando las muestras de amistad.

—Bien —dijo Zhitae dejando a Rombagle—. Supongo que podríamos terminar esta entrevista conversando tú y yo a solas. Sígueme.

—¿Y ellos? —preguntó Don señalando a los demás.

—Déjalos aquí. No les pasará nada. Cuando llegue el momento todos podréis volver a vuestras respectivas naves.

Mientras se alejaba en pos de la mujer, admirando sus curvas que se movían insinuantes al caminar, Don creyó escuchar una sarta de maldiciones de Brenda.

—Suerte, Don —le dijo Rombagle, agitándole una mano.

Zhitae le condujo al fondo de la estancia. Allí se les abrió una puerta pequeña, que surgió del muro.

Entraron en una estancia más pequeña, con algunos muebles, una mesa pequeña como la que había en la otra sala, un montón de cojines y algunas cosas más cuya significación Don no se atrevió a querer interpretar.

Se sentaron sobre los cojines, que en realidad eran masas de algo semisólido, de cálido contacto que acogieron el cuerpo de Don casi de forma acariciante.

—Ahora podemos hablar tranquilamente —dijo Zhitae—. Me ha confundido bastante la extraña forma de vuestro proceder. ¿Por qué no me explicas algo de lo que os pasaba para comprender vuestras motivaciones?

—Sería algo largo…

—No te preocupes por el tiempo. Tenemos todo el que queramos —rio Zhitae—. ¿Es que no te has dado cuenta que permanecemos en un doblez temporal y para nosotros dentro de este módulo de exploración es como si el Universo entero se hubiera detenido?

* * *

Don contó los acontecimientos más cercanos, de forma que escuetamente Zhitae pudiera hacerse cargo de la situación que le había llevado allí. Claro que omitió algunos hechos que no podían beneficiarlo a los ojos de ella, a su aprecio.

—Resulta muy interesante todo cuanto me has dicho —dijo Zhitae—. De todas las razas semejantes a la mía que nos hemos encontrado creo que la tuya, Donald Gordon, es la más complicada —suspiró—. Lástima que aún no hayáis podido llegar a las estrellas. Esto complica un poco las cosas.

—No entiendo…

—Lo entenderás pronto.

—Bien, empieza a contarme de donde venís y qué deseáis de nosotros.

—Creo que cuando emita mi informe no os pediremos nada. Homurlue se enfadará un poco al no contar con vosotros para que os enfrentéis a los wrunkhos. Y en cambio, Miskaletie se alegrará.

—Me hablas en etrusco, preciosa. Explícate.

Ella volvió a suspirar y se acomodó sobre los cojines. Don pudo continuar contemplando la perfección de su cuerpo y tuvo que hacer un esfuerzo para prestar atención a lo que ella decía.

—Tenemos nuestra morada al otro lado de la galaxia. Son miles de mundos habitados por múltiples razas las que forman la Gran

Alianza, que gobierna mi padre, el emperador Utirgae.

—¿Eres hija de un emperador?

—Sí, pero los que componen la flota de exploración no lo saben —rio Zhitae—. Ni siquiera el poderoso mariscal Homurlue está al corriente del secreto.

—¿Por qué ese incógnito?

—Oh, ya te lo diré después. Déjame continuar. Decía que mi padre sigue manteniendo la paz en esa zona galáctica tal como lo hizo su padre y antes que éste su abuelo. Pero hace poco tiempo naves exploradoras de Jiolt regresaron anunciando que a muchos miles de parsecs existía una raza que antes había tenido noticias de la Gran Alianza. Se trataba de los wrunkhos, quienes celosos y llenos de temor por el poder de la Gran Alianza, habían formado una inmensa flota y marchaban contra los mundos gobernados por mi padre.

—Es una bonita historia —asintió Don—. Pero aún no veo en qué estamos involucrados nosotros.

—Espera un momento. Ante tan funestas nuevas y siendo imposible convencer a los seres de Wrunkh que no es precisa la guerra porque la Gran Alianza sólo quiere la paz, los reyes pidieron a mi padre que se formase una gran flota para ir hasta los dominios enemigos y espiarlos. Y si era factible, presentarles allí batalla.

Don parpadeó. Aquella bella mujer le hablaba de una guerra estelar con la mayor sencillez del mundo. Una guerra que aún existía.

Y que al parecer les amenazaba a ellos, a los seres del Sistema Solar.

—¿Qué sucedió? Porque me imagino que ahora regresáis, ¿no?

—Sí. Hemos perdido casi la mitad de nuestros efectivos y no nos atrevemos a presentar nuevo combate, por lo que desde hace dos años huimos y ellos nos pisan los talones. Pero llegaremos a nuestros mundos mucho antes y les presentaremos batalla, en la cual serán destruidos los wrunkhos.

—Estás muy segura de vuestra victoria.

—También los wrunkhos perdieron muchos efectivos, pero continúan su avance. Cada cierto número de parsecs han de detenerse para reaprovisionarse. Buscan mundos de carbono, y si en ellos existen seres inteligentes los aniquilan con mortíferas armas. Nosotros

trazamos un plan, que es simplemente visitar los puntos donde nuestros enemigos se detendrán. Si los seres son civilizados les advertimos del peligro. Estos combaten a los wrunkhos y ellos pierden un tiempo precioso.

Don palideció.

—Los utilizáis como carne de cañón.

—No entiendo muy bien esa expresión, pero creo comprenderla. No, Don. No es por sadismo nuestro. Por el contrario, damos a esos seres una oportunidad de vencer, aunque ésta sea mínima. Además, les entregamos armas y explicamos cuales son los puntos débiles de las naves enemigas. Así, mientras los wrunkhos recorren la galaxia para dirigirse a nuestros mundos su poder es cada vez menor.

—Entiendo. Por eso estás segura que cuando lleguen a tus mundos serán tan débiles que podréis vencerlos.

—Sí, eso es. Parece cruel, paro no existe otra alternativa. Lo que está sucediendo fue previsto por los consejeros privados de mi padre. Entonces yo le pedí que él me enviase en la expedición como una anodina representante suya, con cierto poder, pero no hasta el extremo de imponerme sobre el mariscal Homurlue y los demás jefes aliados. Sólo en el caso que la situación lo demande me identificaría.

—¿Y te convertirías en el jefe supremo de la expedición?

—No —rio Zhitae—, Los asuntos bélicos deben decidirlos los jefes militares, de quienes Homurlue es el principal.

—¿Cuál es tu papel entonces?

—La alianza no es fuerte y existen rencillas entre los jefes. Mi misión como representante del emperador de Armoit es conciliar pareceres. Pero mi cometido secreto es salvar a las comunidades inteligentes amenazadas por el arrollador avance de los wrunkhos. Mientras los consejeros militares instruyen a los generales locales yo me pongo en contacto con los gobiernos civiles y les ayudo para escapar de los mundos que indudablemente los wrunkhos destruirán a su paso.

»Cuando Homurlue considera que no merece la pena perder el tiempo ante un planeta o conjunto de éstos porque su tecnología no les permitirá enfrentarse a los seres de Wrunkh, yo utilizo el módulo de exploración y desde un doblez temporal aviso a ciertas comunidades para que consigan emigrar.

—¿Y si no disponen de naves capaces de viajar a las estrellas?

—¿Como en vuestro caso?

—Sí.

—La advertencia no se produce —Zhitae bajó la mirada y Don comprendió que aquel caso se había producido más de una vez—. ¿Para qué?

—Pero sí decís que llegarán naves desconocidas para destruirlos, ¿no es cierto?

—Esa decisión depende en última instancia a Homurlue, no a mí.

—Es cruel —mascculló Don.

—En Killeath existía una raza de humanoides a quienes advertimos. Digo que existía porque es seguro que a estas horas su sol no sea más que una masa negra y sus seis planetas bolas de fuego. Mientras los consejeros militares les advertían de la llegada de los wrunkhos yo les instruí secretamente para que escapasen. Estaban en los albores de los viajes estelares y confío que algunos cientos de miles de seres hayan escapado y pronto lleguen a los planetas que les indiqué, lejos de la ruta de los wrunkhos.

—¿Entonces sucede que mientras tú estás tratando de decirme que debemos escapar del Sistema Solar los consejeros militares están informando a la Confederación del peligro que nos amenaza?

—No me has entendido, Don —dijo ella un poco enfadada—. Ahora la situación ha cambiado. Aunque los wrunkhos se han detenido varias veces y sostenido batallas con nativos, no han perdido todo el tiempo que hubiéramos deseado. Tenemos que volver cuanto antes a los mundos de la Gran Alianza y prepararnos para la batalla definitiva. La flota que comanda el mariscal Homurlue sólo estará escasas horas más allá de vuestro noveno planeta, Plutón.

—¿Para qué?

—Esperando mi informe. Homurlue empezó a discutir con Miskaletie, líder de la Federación de Jiolk. Este último desea regresar cuando antes porque ya hemos previsto que los wrunkhos entrarán en nuestros dominios precisamente por Jiolk.

—¿Qué informes darás?

—Aún no lo sé. Cada hora en este módulo de exploración

equivale a un minuto del tiempo objetivo a bordo de la flota de la Gran Alianza. Comprenderás que no dispongo de un excesivo plazo para decidir lo que tengo que hacer.

—¿Desestimas avisar al gobierno Confederado y entregar armas?

—No he querido decir eso, pero lo que sé por ahora, de este sistema planetario es que vosotros no tenéis ninguna posibilidad de contener a los wrunkhos unas horas. Ellos os arrasarán fácilmente.

—Al menos podríamos intentarlo. Supongo que será mejor morir matando que esperar la aniquilación como borregos.

—Sí, pero eso supondría que la flota de la Gran Alianza perdería unas jornadas en instruiros y daros las armas. Creo que debo limitarme a deciros que evacuéis los mundos más importantes. Así al menos conseguiréis escapar algunos millones incluso.

—Has dicho que esos seres destruyen los mundos, haciéndolos inhabitables. ¿Dónde íbamos a ir? Sólo quedarían unos míseros asteroides que no nos servirían de nada. No tenemos naves estelares.

—Y nosotros no os podemos entregar ninguna. Sólo armas, unos proyectores de luz láser para ser instalados en vuestras naves.

—¿Qué podemos hacer con unas naves tan lentas ante unidades capaces de superar velocidades lumínicas?

—Los wrunkhos poseen una estrategia anticuada. Cuando salen del hiperespacio combaten a velocidades normales. Pero de todas formas su técnica, para vosotros, es muy superior.

Don calló. ¿Qué podía decir?

—Puedo ofrecerte la posibilidad de salvarte.

—¿Cómo? —preguntó él tristemente—. ¿Y por qué yo?

Por toda respuesta, Zhitae se echó sobre él y le besó.

# CAPÍTULO VI

—¿Y por qué a ti? —preguntó Brenda, con elevado tono furioso.

Don se encogió de hombros y desvió su mirada.

Louis Craig, sin su coraza de combate, torvamente le dijo:

—Seguramente está coleccionando tipos raros para el zoológico de su padre el emperador.

—Te voy a romper de nuevo la nariz —le gritó Don blandiendo un puño delante de la cara del teniente—. Esa mujer se ha enamorado de mí. Y creo que después de una interesante sesión amorosa la he dejado tan satisfecha que me llevaría a su mundo incluso a rastras.

Brenda replicó despectivamente:

—No será para tanto. Eres vulgarote en la cama, querido. Pero por mí puedes quedártela. O marcharte con ella al infierno.

—Sois unos desagradecidos. He venido a veros tan pronto como he podido. Quiero advertiros. ¿Creéis que soy tan malvado como para no echarme a temblar pensando que la Tierra, todo el sistema está a punto de desaparecer?

Brenda le golpeó varias veces con su índice en el pecho.

—Lo que pienso de ti, Don, es que eres un idiota. Te has creído todo lo que te ha dicho esa mujer. De lo poco que nos has contado deduzco que existen ciertas incongruencias que no me explico cómo las has admitido —dijo Brenda con mordacidad.

—¿Sí? ¿Por ejemplo?

—Una muy elocuente. Ella dice que es la hija de un fabuloso emperador y que viaja de incógnito. ¿Cómo es posible que semejante celebridad no sea reconocida? ¿O es que se ha cambiado la cara y realmente no es tan hermosa como supones?

—Estás celosa, Brenda —replicó Don despectivo.

—¿Yo? Estás chiflado. Nunca me gustaste demasiado, Don. Los prefiero de otra clase.

—Vaya. Pues has de saber que ese emperador Utirgae posee unas

veinte hijas, además de otros tantos varones descendientes. Y Zhitae no es muy partidaria de frecuentar la corte imperial.

—¿Qué hace entonces? ¿Colecciona amantes?

—No la insultes —dijo Don alzando la voz—. Ella es una científica. Investiga. Si algo ama es la naturaleza, la vida misma. Ya sabes por qué no ha sido reconocida a bordo de la flota.

Rombagle hasta entonces había sido un silencioso espectador de la discusión entre los humanos. Carraspeó y dijo:

—Me olvidáis todos y eso no es justo. Si hubiera sido una de mi raza esa princesa creo que yo hubiera sido más amable con vosotros después que ella se hubiese prendado de mis encantos. Y estas charlas no son beneficiosas para nadie. El obvio que la Confederación, incluso con la ayuda de las lunas de Júpiter no puede hacer nada contra el peligro que se nos viene encima. Si acaso, Don se salvará marchándose con esa beldad humana. ¿Pero y nosotros? ¿Qué será del Sistema Solar, de la Tierra, de Titán?

—¿Estás pensando algo, Rombagle? —le preguntó Don. Le conocía y sabía que cuando el titaniano hablaba pausadamente era porque tenía una idea interesante que exponer.

—Lo he madurado mientras vosotros perdíais energías por la boca. Pero antes necesito saber si tú, Don, estás dispuesto a todo.

—¿A qué te refieres?

—Contéstame tú antes. ¿Estás enamorado de Zhitae y decidido a marcharte con ella?

—Creo que sí. ¿Qué ganaría quedándome aquí para que me maten? La única posibilidad que nos ofrece Zhitae es muy remota en su aspecto de escapar. No encuentro futuro alguno refugiándome en un asteroide con la esperanza de los invasores no lo destruyan también.

»Y tengo que contestarle pronto. Ella me espera para saber mi respuesta. Pero puedo decirle que deseo que vosotros me acompañéis.

—No me seduce la idea de ir como mascota tuya, Don. Mi idea es para salvar al Sistema.

—Oh, Rombagle. Sabes que no se puede hacer nada. Ni siquiera nos darán unas pocas armas e instrucciones para que duremos un poco más ante los wrunkhos —gimió Don.

—Sí que puedes. Cerca de Plutón existe una poderosa flota que podría enfrentarse a los despiadados wrunkhos con posibilidades de vencer, ¿no?

—Bueno, eso casi lo ha admitido Zhitae. Pero no quieren correr riesgos cuando están seguros de contenerlos en los mundos de Jiolk.

Rombagle sonrió y empezó a palmotear.

—Escúchame bien —dijo—. Espero que no me decepciones, Don. Sé que se trata de un sacrificio para ti, pero nos jugamos mucho.

—Habla. Estoy dispuesto a todo.

* * *

En sus aposentos privados, el mariscal Homurlue se paseaba, a grandes zancadas, impaciente. Al fondo, su ayudante el coronel Tielie le observaba.

—Se nos acaba el tiempo, nuestro tiempo —masculló el mariscal —. Y esa mujer no da señales de vida.

—Ya lleva dos jornadas, señor —recordó el ayudante—. Equivale a…

—Ya sé lo que significa en nuestro tiempo objetivo, coronel. Si se cumple nuestro plazo objetivo tendré que partir sin ella. El jefe Miskaletie está ahí fuera, esperando que yo dé la orden para emprender el regreso. ¡Por los dioses que nunca le vi tan impaciente!

—Es comprensible, señor. Sabe que los wrunkhos atacarán los mundos de la Gran Alianza por su patria Jiolk.

El mariscal miró de soslayo a Tielie. No podía expresar en voz alta sus palabras, pero íntimamente supondría para él una gran satisfacción que aquellos molestos jiolks sufriesen un serio descalabro cuando los wrunkhos atacasen.

Últimamente aquella raza de aves estaba volviéndose muy osada y cada vez manifestaba más abiertamente sus deseos de erigirse en líder de la Gran Alianza, desplazando al emperador Utirgae del poder.

Sería bueno para Armoit que los jiolks quedasen tan mal parados ante el avance wrunkho que por siglos no fuesen capaces de recuperar su actual poderío militar.

Y tal cosa sería fácil de conseguir si lograba convencer al

Emperador para que Armoit no enviase sus flotas a defender Jiolk. Podría buscarse alguna excusa para retrasar la llegada. Incluso con cierta habilidad podría influir en los demás aliados. Utirgae aún tenía influencias entre los grandes señores de la Gran Alianza y pocos había entre estos que mirasen con buenos ojos el rápido ascenso político de Miskaletie y su Federación.

Vio que el coronel atendía una llamada del exterior. Tielie se volvió y le dijo:

—Señor, el módulo temporal está regresando.

Homurlue resopló, aliviado.

—Dígale a esa ave de rapiña que podré recibirle pronto. Y usted vaya a recibir a la representante imperial Zhitae. Condúzcala aquí inmediatamente. Estoy ansioso por conocer su informe y marcharme de aquí cuanto antes si no merece la pena perder el tiempo con los aborígenes de este sistema planetario.

El coronel sonrió, comprensivo. Cuando su superior llamaba ave de rapiña al jiolk es que las cosas no marchaban bien entre los dos militares, pero al menos no llegarían a las manos... o las garras.

Homurlue se acercó a un panel y después de pasar la mano por unos mandos esperó que la pared frontal se convirtiese en una pantalla que le mostraba una gran panorámica del espacio exterior.

Descubrió al módulo temporal acercarse a su nave, la capitana de la flota aliada. El módulo era como un huso fosforescente cuando abandonaba el pliegue temporal y se convertía en un vehículo de energía.

Alrededor, ocupando millones de kilómetros cúbicos, estaba la flota aliada. Eran cien naves inmensas, de diversos modelos según sus planetas de origen. Casi el cincuenta por ciento procedían de Armoit, unas treinta de Jiolt y el resto de los demás mundos aliados.

El mariscal frunció el ceño. Durante la dura batalla que sostuvieron cerca de los dominios de Wrunkh habían perdido casi ochenta naves, aunque se calculaba que el enemigo sufrió más perdidas. En cambio las naves de Jiolt fueron afortunadas y perdieron sólo dos, que se perdieron en el espacio.

El enemigo atacó por todas partes, excepto por el flanco guardado por el jefe Miskaletie.

Entonces Homurlue se limitó a pensar que el condenado

Miskaletie era un ser afortunado o un estratega fuera de serie, porque las naves jiolks destruyeron muchas unidades enemigas cuando casi al final de la batalla se incorporaron al combate.

Abstraído en la contemplación del módulo temporal acercarse a la nave insignia, el mariscal no se percató del movimiento que se operaba en algunas naves que portaban el emblema de Jiolk.

De pronto, se abrió la puerta violentamente y Homurlue se volvió para enfrentarse a quien acababa de irrumpir en sus aposentos privados.

El coronel Tielie, demudado, le dijo:

—Señor, me acaban de informar que diez de las unidades de Jiolk acaban de ponerse en marcha a toda velocidad. Antes de unos minutos habrán alcanzado el hiperespacio.

—¿Quién ha dado la orden? —preguntó el mariscal, rojo de ira.

Los tres metros de altura de Miskaletie empujaron al coronel, que estuvo a punto de caer.

—He sido yo, Homurlue.

—¡La flota está bajo mi mando, Miskaletie! ¿Adónde han ido esas naves?

—Las he enviado de regreso a Jiolk.

—¿Por qué?

—Mis mundos están indefensos. No quiero que sean cogidos por sorpresa por los wrunkhos.

—¡Aún tardarán mucho en llegar! Y nosotros volveremos mucho antes.

—No estoy seguro de tal cosa. Apenas he visto que regresaba el módulo temporal de Zhitae di la orden.

—Tendrás que responder ante el emperador de este desacato a mis órdenes.

—Es posible, pero ante todo está la seguridad de mis mundos.

—¿Qué temías?

—Temo que esa humana te diga que los aborígenes de este

sistema están capacitados para enfrentarse al nuestro enemigo común, lo cual nos haría perder un tiempo precioso. Si tal cosa sucede quiero que al menos esas diez naves lleguen a tiempo y lo dispongan todo para la defensa. La expedición que poseen después de la batalla sostenida contra los wrunkhos será útil.

—Al menos debías haber esperado, escuchar a Zhitae.

—No puedo correr riesgos.

—Lo siento, señor —se disculpó el coronel—. Pero he querido avisarle personalmente apenas me dijeron que las naves jiolks habían partido.

—Está bien, Tielie. Vaya a recibir a la representante imperial y tráigala aquí cuanto antes.

Cuando estuvieron a solas, Homurlue dijo, mientras intentaba serenarse:

—Su jugada está clara, Miskaletie. Al haberme desobedecido piensa que ya no me demoraré aquí más cualquiera que sea el informe de Zhitae y ordenaré el inmediato regreso, quizás porque mi afán por denunciarle al emperador me impulse a darme prisa.

El ser alzó su cabeza y adelantó desafiante su boca en forma de pico. No contestó.

—Veo que no me equivoco —sonrió Homurlue, aunque era un falso aspecto, puesto que seguía maldiciendo interiormente a su colega —. Pero todo ha sido en vano. Había decidido no esperar más tiempo aquí, aunque el informe de Zhitae dijese que debemos ayudar a los aborígenes.

—No le creo, almirante. Eso lo dice ahora, pensando que con sus palabras va a irritarme.

—Oh, no. Le digo la verdad.

—Regresaré a mi nave insignia —dijo Miskaletie.

—Se quedará aquí.

—¿Acaso estoy detenido?

—Sé que condición de almirante y jefe de Jiolk impide que haga tal cosa y sólo el emperador puede castigarle, pero dentro de mis atribuciones está solicitar constantemente su presencia en mi nave

mientras no haya peligro de batalla inminente.

Miskaletie se inclinó levemente.

—Está bien. Conozco el reglamento, almirante. Pero si antes de diez horas mi presencia aquí no es precisa regresaré. No tema que yo me marche también con el resto de mis naves. Conozco cuáles son mis deberes.

—Eso espero, almirante Miskaletie.

Después de marcharse el jiolk, Humurlue se secó el sudor de la frente. La presencia de aquel ser le ponía nervioso. Se dio cuenta que cuando se enfadaba le tuteaba, lo cual no podía ser bien visto por los demás oficiales aliados.

Se hizo el firme propósito de que el emperador castigaría a Miskaletie, incluso en presencia del Consejo, en presencia de todos los jefes aliados.

Aquél estaba resultando un día agitado, pensó mientras se servía una copa de relajante licor de su tierra. Ahora la flota combinada a su mando había disminuido, pero también el porcentaje de Jiolk era menor, lo cual le agradaba y daba seguridad. No se fiaba nada de aquellos pajarracos, como le gustaba llamarlos.

* * *

—¡Por los dioses, coronel! Ya era hora que volviese usted —exclamó el mariscal al ver entrar a Tielie—. ¿Dónde está Zhitae?

Pálido, el coronel deglutió trabajosamente. Entonces el mariscal se percató que detrás del coronel había una pareja de soldados armoitas, también con evidentes muestras de nerviosismo.

—Siento tener que darle malas noticias, señor, pero...

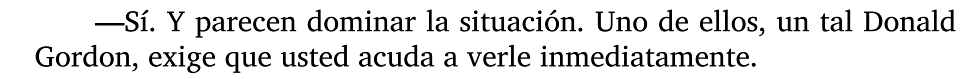
—¡Acabe de una vez!

—Dentro del módulo temporal han entrado dos naves, señor. Una es como un carguero, mientras que la otra es militar. Está armada.

—¿Y qué? No es la primera vez que Zhitae se trae raros recuerdos de los sistemas que visitamos...

—Dentro vienen aborígenes, señor.

—No es posible.



—Sí. Y parecen dominar la situación. Uno de ellos, un tal Donald Gordon, exige que usted acuda a verle inmediatamente.

—¿Yo? —gritó el mariscal—. ¿Cómo se atreve a pedirme tal cosa?

—Al parecer tiene como rehén a Zhitae.

Después de parpadear, confundido, los ojos del mariscal se iluminaron.

—Sería estupendo perder de vista a esa mujer. El emperador no podrá recriminarme si no vuelvo con ella, justificando su muerte a manos de...

—Señor, antes de dar cualquier orden le ruego que mire esto —susurró el coronel.

Homurlue tomó el objeto que le tendía el coronel. Lo miró y estuvo a punto de desmayarse.

—¿Cómo ha llegado esto a sus manos, coronel?

—El aborigen me aseguró que pertenece a Zhitae.

—¿Sabe usted lo que es, coronel? —preguntó tartamudeando el mariscal, pasando la mirada del objeto al rostro del coronel.

—Sí, señor. Es una pulsera imperial. Sólo los miembros de la casa imperial pueden llevarlas.

—¿Entonces Zhitae es...?

—Sí, es la princesa imperial Zhitae Utir, novena hija del emperador Utirgae, líder de los Estados de la Gran Alianza.

# CAPÍTULO VII

—Mariscal, bien venido a la *Amalgama* —saludó Don haciendo una exagerada inclinación de cabeza al entrar Homurlue.

—Puedo hablar su idioma, terrestre. Por lo tanto, le agradeceré que vaya al grano —dijo el armoita—. Le entenderé muy bien.

—Lo celebro. Siéntese —agitó la casi vacía botella de whisky—. Aún puedo invitarle a un trago.

—No me apetece —dijo el mariscal torciendo el gesto al percibir el olor del whisky.

—Pues me alegro. Me lo beberé yo todo.

—¿Qué quiere?

—Tengo a la princesa en mi poder.

—Quiero verla. Que salga —dijo el mariscal mirando ansiosamente el puente de mando.

—No está en esta nave, sino en la otra. Allí la vigilan mis amigos. Quiero un trato, mariscal.

—Supondré que la princesa Zhitae le ha contado todo y por lo tanto creo que usted lo que quiere es escapar de su condenado Sistema, ¿no?

—Se equivoca. Eso ya me lo había propuesto la princesa. Oh, no ponga esa cara de asombro. Al parecer se ha enamorado de mí. Algo fulminante que luego yo rematé con éxito. Está loca por mí y me ofreció la posibilidad de llevarme a la corte imperial.

—Siendo así... No entiendo qué pretende ahora.

Don se echó al coleto el resto del whisky, miró con pesar la vacía botella y jugueteó con ella mientras dijo:

—Como usted bien dijo, lo sé casi todo. Quiero que usted no se marche, mariscal, que use su poderosa flota para enfrentarse a los wrunkhos o como se llamen. Resumiendo, que salve al Sistema Solar.

—Está loco, evidentemente.

—Es posible —rio Don—. Otro hombre en mi lugar habría

aceptado la sugerente propuesta de Zhitae y no expondría su cuello como yo. Pero o soy un héroe o el mayor cretino de la historia. Confío que se juzgue con benevolencia, algún día, lo que hago... si queda alguien para hacerlo, claro.

—¿Y si me niego?

—Sintiéndolo mucho, volaremos la nave. Y la princesa con ella.

—Usted me insinuó que la quiere.

—Y es cierto, pero no valdrá la pena vivir en una sociedad que se aleja de unos mundos y deja que miles de millones de seres mueran pudiendo salvarlos. Sentiría asco todos los días y deseos de vomitar. No, no me gustaría emparentar; con una familia tan poco escrupulosa.

—Dudo que usted se atreva a matar a Zhitae.

Don se encogió de hombros.

—Sólo hay una forma de saberlo, mariscal. Niéguese a ayudarnos y lo verá. Apenas nos alejamos de Plutón las dos naves serán destruidas. ¿Está seguro que podrá ponerse delante del emperador y decirle que su amada hija ha sido sacrificada por su tozudez?

El mariscal se mordió los labios.

—Sabe usted demasiado. Deme un tiempo para pensarlo.

—No hay tiempo. Usted posee poder para tomar la decisión.

—Los aliados...

—Cuando un miembro de la familia imperial está en peligro sus atribuciones aumentan y ni siquiera su segundo, el mariscal Miskaletie puede oponerse a su decisión.

Homurlue entornó los ojos, lleno de suspicacia.

—Para ser un aborigen de este sistema parece estar usted muy enterado de los asuntos internos de la Gran Alianza. Quiero ver a la princesa.

—¿Para qué? Realmente usted no parece sentir mucha simpatía por ella. Es más, estoy seguro que si pudiera la mataría con sus propias manos.

—No. Se equivoca. Soy fiel al emperador y su familia.

Don se levantó sonriente.

—Estoy seguro que llegaremos a un acuerdo. Usted anule el peligro de Wrunkh y dejaré libre a la princesa. ¿Cuándo cree que llegarán esos horribles seres?

—Me temo que antes de lo que pensamos. Tal vez antes de uno o dos días, según su medida del tiempo.

Don le acompañó hasta la salida. El entorno energético del módulo temporal había desaparecido y sólo estaban las estancias, que formaban unas estructuras extrañas. Junto al carguero se hallaba posado el patrullero, unidas ambas naves por esclusas. El hangar de la gran nave insignia era enorme, casi tétrico a juicio de Don. Más allá vio unos pelotones de soldados armoitas, armados y a la expectativa.

—Dentro de unos minutos pediré a su ayudante que me lleve junto a usted, mariscal —dijo Don—. Espero que nos reuniremos en su sala de mando. Eso me indicará que está conforme.

—¿No teme una trampa?

—De ninguna manera. Zhitae se quedará bien vigilada.

Homurlue saludó con una leve inclinación y se retiró, caminando rápidamente por el brillante suelo del hangar. A lo lejos, cerca de los soldados, Don creyó ver un alto ser con apariencia de pajarraco.

Cuando entró en el patrullero, Zhitae le dijo:

—Es el mariscal Miskaletie, de Jiolk. Será quien con más fuerzas se oponga a Homurlue cuando sepa que quiere enfrentarse a los wrunkhos.

Don besó a la mujer. Le pasó la mano por la cintura y ambos vieron por la pantalla como el armoita y el jiolk se alejaban, saliendo del hangar.

—Tienes un fiel sirviente en el mariscal, querida. Quería hablar contigo. Quizás para asegurarse que aún te tengo viva.

—Confío que decidirá quedarse a luchar —suspiró Zhitae—. Y me alegro de ayudaros. He sufrido mucho cuando en nuestro regreso he visto como muchos mundos eran destruidos por esos salvajes wrunkhos.

Entró Rombagle, dando muestras de nerviosismo.

—No me gusta que nos dejes, Don. ¿Qué pretendes hacer ahí fuera?

—Asegurarme que el mariscal no va a engañarnos. ¿Y el teniente Craig?

—Sentado delante de sus mandos, vigilando. Teme que algún comando intente el asalto de esta nave.

—No se hará nada —aseguró Zhitae—. El mariscal no se atreverá a arriesgar mi vida.

Subieron hasta la cabina de mando. Allí sorprendieron a Louis y Brenda besándose e intercambiando caricias.

Don reprimió una risita burlona y tosió discretamente. La pareja se separó. Craig recompuso su uniforme y Brenda se abotonó la camisa, enrojeciendo ligeramente.

—Siento haberos interrumpido, pero vengo a deciros que voy a reunirme con el mariscal.

—¿Aceptará? —preguntó el teniente.

—Confío que sí —suspiró Don—. Os pido que cuidéis de Zhitae.

—¿No sospechan que ella colabora con nosotros y no es nuestra prisionera? —Brenda mostró así su desconfianza.

—De ninguna manera —rio Zhitae—. Pronto se sabrá en toda la flota que una hija del emperador está a bordo. Se pondrán nerviosos, seguro; pero esto les servirá para combatir con más entusiasmo al saber que me usan como rehén.

Mientras se dirigían a la salida, Zhitae preguntó a Don al verle preocupado:

—¿Qué piensas?

—Me has hablado de los jiolks. Tengo miedo por lo que pueda hacer ese pájaro gigante llamado Miskaletie.

Ella asintió, compartiendo los temores de Don.

—Es el mayor escollo que haya que salvar. Miskaletie se oponía a perder más tiempo. Regresar de inmediato era su obsesión. Ahora estará furioso y... No sé, pero temo que pueda suceder cualquier cosa.

Don la besó. Su abrazo fue largo y fuerte. Le costó trabajo

separarse de ella e hizo un gran esfuerzo para no volver la cara mientras se alejaba del patrullero.

El coronel Tielie le esperaba delante del grupo de soldados.

—Llévame donde el mariscal, por favor.

—Bien, pero tendrá que esperar un poco en la antesala de su despacho. Discute con el mariscal Miskaletie.

—¿No está en el puente de mando?

—Aún no. La situación no está clara, señor. Sígame.

Abrumado por la noticia, por lo que significaba, Don siguió al coronel. Antes de salir del hangar descubrió soldados jiolks. Sus gigantescas figuras imponían una angustiosa sensación de pequeñez a los humanos.

Notó que estaban armados hasta los dientes y su separación de los humanos no presagiaba nada bueno.

Al cabo de unos minutos y después de viajar por largos corredores a bordo de un pequeño vehículo conducido por el coronel, se detuvieron delante de una puerta donde montaban guardia soldados de Jiolk además de armoitas.

El coronel saltó del vehículo y se dirigió a los soldados jiolks de mal talante. Encarándose con el oficial, que casi le doblaba la altura, le espetó:

—¿Qué hacen aquí? Estas son las dependencias privadas del mariscal Homurlue.

El oficial jiolk, jactancioso, replicó:

—Somos la escolta de nuestro señor Miskaletie.

—Deben marcharse de aquí y aguardarle en el hangar.

—No. Nuestro mariscal nos ha ordenado permanecer aquí y sólo le obedecemos a él.

Furioso, el coronel pasó delante de las tropas aliadas y conversó en voz baja unos instantes con el alférez que estaba al mando de la guardia armoita. Aunque lo intentó, Don no pudo enterarse de nada.

Luego, volviéndose al terrestre, Tielie le dijo:

—Venga conmigo.

Le siguió a lo largo de unas estancias. Se detuvieron en una rectangular y pequeña, ocupada por varios oficiales armoitas, bastante nerviosos, que parecían haber abandonado su trabajo rutinario delante de computadoras.

—Coronel, el almirante está ocupado con el pájaro de Jiolk. Y parecen discutir acaloradamente —dijo un oficial al coronel, susurrante.

Pero esta vez Don se enteró y frunció el ceño. Al parecer las relaciones entre los más poderosos aliados de la Gran Alianza no discurrían por senderos cordiales.

Asintió Tielie y franqueó la puerta siguiente. Al otro lado debían estar los dos altos militares inmersos en tensa discusión.

Don notó que los oficiales le miraban de reojo con evidente malestar. Debían saber que él tenía retenida a la princesa Zhitae.

Al cabo de unos minutos el coronel asomó la cabeza y dijo a Don que entrase.

Tielie cerró la puerta apenas entró y Don se encontró ante un espectáculo singular. Un gran ser emplumado de tres metros de altura discutía a gritos con el mariscal humano, quien tenía que alzar la mirada para dirigirse a su interlocutor.

Al notar la presencia del terrestre, el jiolk se revolvió. Sus redondos ojos lanzaron chispas y enrojecieron, al tiempo que las doradas plumas de su cabeza se erizaban.

—¿Qué hace ese cerdo humano aquí? —graznó—. Deduzco que es el aborigen que mantiene en secuestro a Zhitae.

—Sí, así es —replicó el coronel, respirando con dificultad—. Le he pedido al coronel Tielie que le haga entrar, para que le convenza a usted, testarudo, que es cierto que la princesa corre peligro.

El jiolk agitó su enorme cuerpo y Don pensó que no le extrañaría que emprendiese el vuelo.

—Ahora le tiene a él —dijo el mariscal—. La vida de este terrestre a cambio de la princesa. No es necesario presentar batalla a los wrunkhos aquí y podríamos retirarnos en seguida.

Don no esperó a que le permitiesen hablar. No deseaba ser

convidado de piedra y dijo:

—Mis compañeros tienen instrucciones para seguir adelante aunque ustedes les amenacen con matarme. Y el tiempo se les acaba —miró al mariscal—. ¿Es que este humanoide no acata sus órdenes, mariscal?

—¡No! —gritó el jiolk—. Nunca lo haré. Y si es preciso no sólo retiraré mis naves de guerra, sino que pediré a los demás aliados para que me secunden.

Homurlue entornó los ojos y torció la boca. Dijo pausadamente, como si súbitamente la calma hubiese vuelto a él:

—Mariscal, pienso que podríamos presentar batalla a los wrunkhos aquí. ¿Por qué no? Tal cosa supondría para nuestros enemigos una sorpresa que podría darnos la victoria. ¿Tengo que recordarle que ante una situación de emergencia como ésta puedo destituirle acogiéndome a los pactado en la Gran Alianza? La vida de un miembro de la familia imperial está por encima de todas las consideraciones. Usted firmó el acuerdo y…

Don retrocedió un paso y su cuerpo pareció encogerse. Algo extraño había surgido en la habitación. Era como una corriente de fuerza que le golpease, vio al jiolk quieto, mientras su boca en forma de pico se movía de manera vibrante. Pero no emitía ningún sonido.

Era como… En seguida cayó en la cuenta que el humanoide estaba emitiendo un sonido ultrasónico, una llamada.

Se preguntó a quién podía estar llamando. El jiolk se dirigía hacia la puerta. Más allá de la antesala estaban sus soldados.

Don gritó, sacando al mariscal y al coronel humanos de su abstracción. El aviso ultrasónico parecía haberlos puesto en trance. Saltó sobre el mariscal al mismo tiempo que el humanoide empuñaba un arma. El hizo lo mismo y sin apuntar disparó contra Miskaletie.

# CAPÍTULO VIII

El haz ardiente pasó por encima de sus cabezas. Don, rodando por el suelo y apartándose del caído Homurlue, observó de soslayo cómo su disparo se perdió en el muro metal, a poca distancia del humanoide, quien volvió a disparar y ahora alcanzó al coronel.

Desde el suelo, Don aprestó su arma para disparar de nuevo, el jiolk le vio y saltó por encima de unas sillas, saliendo de la habitación.

Don se precipitó hacia la salida, pero en la siguiente estancia había estallado la locura. Los oficiales humanos caían bajo el fuego despiadado de los soldados jiolks que habían estado montando guardia. Aquellos gigantescos seres se dirigían ahora hacia él, alentados por gritos guturales de su mariscal.

Aunque Don no comprendía la lengua jiolk era fácil adivinar que Miskaletie se proponía capturar a Homurlue.

Cerró la puerta y buscó ansiosamente el seguro. Vacilante, el coronel llegó a su lado y le indicó los botones situados al lado que debía apretar.

—Esto asegurará la puerta algún tiempo —gimió el coronel agarrándose el brazo donde el haz de fuego del humanoide le había rozado.

—¿Y luego? —preguntó Don retirándose de la puerta que empezaba a ponerse al rojo vivo.

—Miskaletie ha arrojado la máscara que cubría su rostro —dijo el mariscal—. Pero ha fallado en el intento de apoderarse de mí y por lo tanto de la nave insignia. Ahora tendrá que retirarse pronto si quiere aprovechar estos momentos de sorpresa y huir hasta sus naves. Si se demora mucho mis soldados tomarán posiciones y no podrá ocupar su falúa transbordadora que le espera en el hangar…

—¡El hangar! —gritó Don acordándose de sus amigos—. Miskaletie intentará apoderarse del patrullero o destruirlo.

Homurlue trató de sonreír, pero su preocupación era demasiada y sólo consiguió formar una extraña mueca.

—Ya se ha dado la voz de alarma. Mis oficiales protegerán el patrullero terrestre. El hangar es demasiado grande y Miskaletie

tendrá otras salidas para su uso… por desgracia.

Si conseguimos apresarle evitaríamos una tragedia.

Don miró con aprensión la puerta de acero, que del rojo había pasado al blanco. Calculó que empezaría a derretirse muy pronto. Se apartaron de ella debido al creciente calor que despedía.

Tielie se había desgarrado la manga del uniforme y el mariscal le estaba colocando unas anillas de metal, que Don pensó servirían para contener la hemorragia. Pero cuando vio que el coronel parecía más aliviado y la herida eliminada no pudo por menos que admitir que la medicina de urgencia de los armoitas era eficaz.

El mariscal frunció el ceño. Dijo:

—Lógicamente deberían ya de desistir en atacarnos. Si insisten en entrar aquí unos segundos más no podrán retirarse hasta el hangar porque las tropas de esta nave les cortarán toda posibilidad de huida.

La puerta comenzó a derretirse y goterones de metal cayeron sobre la moqueta, levantando columnas de humo. Los tres hombres se replegaron hasta el fondo de la estancia. Colocaron algunos muebles de metal como parapetos y esperaron con las armas prestas la entrada de los gigantescos soldados de Jiolk.

Los soldados enemigos usaron unos arietes para terminar de derribar los restos de la puerta. Apenas se enfriaron éstos penetró el primer soldado. Luego le empujaron varios más.

Don disparó al mismo tiempo que sus improvisados compañeros de lucha. Los jiolks cayeron pesadamente. Desde atrás les dispararon y una mesa tumbada saltó por los aires, tornándose roja por el fuego.

El interior de la estancia se hizo irrespirable y Don pensó que si no eran alcanzados por algún disparo no tardarían en perecer asfixiados.

De pronto los humanoides desaparecieron de la entrada, se escucharon los silbantes disparos y poco después entraron soldados armoitas con corazas de combate. Se dirigieron donde estaban los humanos y los sacaron de allí, del aire irrespirable.

Don tosió y casi vomitó. El olor a carne quemada era nauseabundo.

Docenas de soldados de Armoit observaban los cadáveres jiolks o socorrían a los pocos humanos que aún conservaban algo de vida. La

lucha había resultado corta pero muy cruenta.

Un soldado se cuadró delante del almirante.

—Señor, Miskaletie no se encuentra entre los muertos.

Otro, llegando a paso ligero, añadió:

—Se está luchando en el hangar, pero la nave falúa del almirante de jiolk ha escapado, así como otras que le esperaban en el espacio. Se dirigen hacia las unidades pesadas de combate jiolks.

—Es preciso ordenar a las secciones de defensa que las destruyan antes de que alcancen sus naves —dijo el coronel Tielie.

El mariscal se revolvió tajante.

—No. Aún no sabemos si la princesa sigue a bordo. Miskaletie dejó aquí a sus hombres mientras él escapaba. Tal vez confía que nosotros hayamos muerto. De todas formas que se emita zafarrancho de combate a todas nuestras unidades de guerra y que se ordene a las demás naves aliadas que se alineen con nosotros.

Arrugó el ceño y remató secamente:

—Si no lo hacen sabremos quienes están de nuestra parte. Quiero más informes del hangar. ¿Qué pasa con las naves terrestres?

Y miró a Don, quien también esperaba con ansiedad novedades de sus amigos.

Tuvieron que salir de las pestilentes dependencias, y en el corredor un oficial que mantenía contacto por medio de un comunicador portátil con diversos puntos de la nave, dijo:

—Señor, cuando estalló la lucha en el hangar los aborígenes y la princesa salieron del patrullero terrestre. Ellos lucharon contra los jiolks cuando éstos intentaron capturar a la princesa, que por cierto estaba armada y no parecía ser dominada por el hombre y mujer terrestres y un pequeño humanoide velludo.

Homurlue miró inquisidoramente a Don, confundido. Y éste se limitó a encogerse de hombros, sonriendo como un niño atrapado mientras hace una travesura.

El almirante bufó e interpeló al oficial para que le diese más informes.

—Nuestros soldados intentaron proteger la huida de la princesa y

también de los aborígenes que luchaban defendiéndola, de lo que no hay duda. Pero un pelotón de jiolks se interpuso y se combatió cuerpo a cuerpo. Señor, no se pudo evitar que secuestraran a la princesa.

Homurlue palideció y Don maldijo a los jiolks.

—No puedo perder el tiempo —dijo el mariscal—. Tenemos que disponer nuestra flota para impedir que las naves jiolks escapen. Pretenderán volver a sus mundos.

—Mariscal, déjeme ir.

—¿Qué pretende?

—Tenemos un patrullero.

A pesar de la situación Homurlue sonrió.

—¿Una minúscula nave de una raza atrasada?

—Es posible que piense eso, pero es la mejor arma para maniobrar en espacios cortos. Y también para un combate por sorpresa. Los jiolks no podrán esperar semejante cosa.

Homurlue movió la cabeza y agitó una mano, impaciente.

—Haga lo que quiera. Será mejor que se aleje. Le considero culpable de lo que sucede.

—Ahora puedo decírselo, pero la princesa estaba de acuerdo con nosotros. Ustedes debían ayudarnos y no dejarnos morir a manos de esos seres de Wrunkh;

—Parece que es así. Pero ¿qué piensa hacer?

—Rescatar a la princesa. Una nave pequeña como el patrullero de la guardia solar no será detectada por la gran unidad de combate de Miskaletie. Podemos inutilizarla antes que escape por el hiperespacio.

—Es una locura, pero le deseo suerte. Donald Gordon, recuerde que no atacaremos al enemigo si no pone en libertad a la princesa. Sus vidas correrán peligro.

—Lo sé. ¿Pondría en peligro a Zhitae?

—Sería lo último, pero si Miskaletie no me da otra alternativa… No puedo consentir que la utilice contra los intereses de la Gran Alianza.

—Es muy duro lo que dice.

—Bastante. A toda costa debemos impedir que la Gran Alianza se rompa ahora. Lo más sensato sería ceder a las pretensiones de Miskaletie y dejarle marchar. Seguro que una vez en nuestro espacio estelar la devolverá con vida.

—No les comprendo bien, pero la actitud de ese pajarraco no es lógica. Parece encerrar algo.

—¿Usted cree? Bien, le dejaré un vehículo para que le lleve hasta el hangar. El coronel Tielie irá con usted y le protegerá.

Don asintió con la cabeza.

—Gracias. Espero que nos volveremos a ver.

* * *

Louis Craig escuchó a Don lleno de asombro.

—Me parece una locura —dijo.

Brenda cruzó las manos y dijo:

—No veo otra salida. Si no rescatamos a la princesa, Homurlue no luchará por nosotros y Miskaletie se saldrá con la suya.

—Está bien. La nave patrullera no sufrió daños durante la refriega, pero la considero como si quisiéramos usar una escoba contra un tanque.

El coronel extendió unos planos sobre la mesa y explicó la situación de todas las naves de la flota aliada.

—Aquí están los navíos jiolks formando un cuadro. En el centro está la unidad insignia del mariscal Miskaletie. Seguramente su falúa ya estará allí, y por lo tanto la princesa. Las cincuenta naves de Armoit están a unos mil kilómetros, en círculo. Hemos conseguido colocar a las demás naves aliadas dentro. Por lo tanto, la rápida maniobra de Homurlue ha evitado que perdamos más aliados. Todos han asegurado que están con el emperador y lucharán a nuestro lado, pero no me fío. Ha cundido el nerviosismo y puede ocurrir cualquier cosa.

Don se mordió los labios. Había pasado casi una hora desde que Miskaletie huyera llevándose a Zhitae. No había sido posible partir antes. Los soldados de Armoit habían detenido a Louis y a Brenda y

tardaron unos minutos en localizarlos. Sólo la intervención del coronel sirvió para que los devolvieran y la guardia colocada alrededor de los dos vehículos terrestres fue retirada.

Tielie suspiró y dijo a los seres del Sistema Solar:

—Bien, eso es todo. Y saben que Miskaletie ha enviado un ultimátum. Quiere que nos alejemos para que sus naves puedan moverse, adquirir velocidad y perderse en el hiperespacio. Nos han asegurado que devolverán a la princesa cuando estemos en el hogar y que incluso solicitará el perdón del emperador Utirgae después que rechacemos en los mundos Jiolk la invasión Wrunhk.

—¿Sería castigado?

—¿Por el emperador? No, no lo creo. Seguramente devolverá a la princesa sin un rasguño cuando todo termine. Con la euforia de la victoria el emperador le perdonará apenas vea a su lado a su hija. Claro que teniendo los triunfos en su mano, Miskaletie se siente más fuerte y ahora nos exige que todas las flotas defensivas de la Gran Alianza confluyan alrededor de sus mundos para defenderlos, ya que es seguro que los wrunkhos atacarán por aquella zona.

Don estrechó la mano del coronel.

—Gracias por todo.

—Suerte, amigos —saludó el coronel militarmente y salió del patrullero.

—No perdamos más tiempo —sugirió Louis—. Debemos partir en seguida.

* * *

A unos cientos de kilómetros de distancia pudieron observar la situación de las naves armoitas encerrando en un enorme círculo a las unidades aliadas de Sirkania y Brentia. Más allá estaban las naves de Jiolk.

Louis fue ayudado por Don en el manejo de la nave patrullera, mientras que Brenda subió al nivel superior y se hizo cargo de los cañones láser.

El patrullero voló silenciosamente por el espacio en dirección a la flotilla de Jiolk.

—De lo poco que sé de la tecnología de la Gran Alianza deduzco

que no están capacitados para la detección de una nave tan pequeña como ésta —suspiró—. Espero no equivocarme y podremos acercarnos lo suficiente para podernos introducir por una de esas grandes esclusas que están abiertas.

Don situó en la pantalla la imagen aumentada de la nave insignia enemiga. Las aberturas situadas en la panza de la gigantesca masa eran bien visibles.

—Según los datos del coronel, las naves jiolks poseen aparatos más pequeños que llevan alojados en hangares —dijo Don—. Al parecer y hasta que se cumpla el plazo dado por Miskaletie, del que aún queda media hora, no serán cerradas. Los jiolks lanzarán sus naves al espacio y atacarán las de Armoit para permitir que las nodrizas puedan escapar al hiperespacio si la respuesta de Homurlue es negativa.

—Entonces debemos darnos prisa.

Permanecieron callados mientras se acercaban a los objetivos.

Observaron tensos los indicadores, atentos a cualquier movimiento hostil del enemigo. Don extendió el gráfico de la nave insignia jiolk y luego tabuló en el computador para registrarlo en los proyectiles dirigidos.

—El punto débil de esa enorme nave está situado aquí —dijo a Louis señalando un punto marcado por un círculo rojo—. Al menos así nos lo ha asegurado el coronel. Confiemos que nuestros diez misiles serán capaces para ocasionar el suficiente daño e inmovilizar la gran nave.

—Abriremos el canal y escucharemos la respuesta del almirante. Entonces tendremos escasamente dos minutos para actuar. Calculo que las esclusas se cerrarán al tener seguridad Miskaletie de que los armoitas no se opondrán a que se marchen minuto y medio. Treinta segundos antes nuestros misiles deberán haber alcanzado el objetivo.

Louis barbotó una maldición entre dientes.

—No es demasiado.

Sonó un aviso y Don abrió el canal de emisión. Escucharon un breve diálogo entre los dos mariscales. Homurlue reconoció que había sido vencido y dio seguridades a Miskaletie para que se marchase.

—Ahora, Louis —dijo secamente Don.

El teniente pulsó los botones.

Los misiles partieron raudos hacia la popa de la nave jiolk de dos kilómetros de largo.

A continuación, el patrullero enfiló su proa hacia la abertura más próxima.

# CAPÍTULO IX

Miskaletie se volvió alborozado hacia Zhitae apenas cortó la comunicación.

—Tu fiel mariscal ha cedido, como habrás escuchado.

—Estarás contento, ave de rapiña —escupió ella.

—Lo esperaba.

—Ahora ordenarás el inmediato regreso, ¿no?

—No. Eso es lo que espera ese imbécil de Homurlue; pero nos quedaremos aquí unas horas.

—No entiendo...

—Es muy fácil. Los wrunkhos llegarán aquí, exactamente a este lugar, en breves horas.

Zhitae intentó mover las manos, sacarlas de las ligaduras magnéticas que la sujetaban a la silla.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Qué mejor ocasión que ésta para aniquilar una buena parte de la flota adicta al emperador?

Miskaletie dio la vuelta a la gran mesa y se acomodó en un sillón enorme. Desde allí miró a Zhitae.

—Te lo explicaré. Cuando mis naves descubrieron la existencia de los wrunkhos les convencieron para que creyesen que la Gran Alianza pensaba destruirlos. Así, ellos lanzaron su flota contra nosotros. Mis hombres volvieron informando al emperador que una amenaza se cernía sobre todos los mundos aliados. Se envió esta flota y el encuentro que sostuvimos contra los wrunkhos confirmó nuestro engaño.

—¿Qué pretendes?

—Muy sencillo. Los wrunkhos atacarán por mis mundos y allí estarán todas las naves aliadas, que serán las primeras que lucharán. Cuando estén debilitadas y calculo que entonces quedarán apenas unas naves de Wrunhk, mi flota intervendrá y aniquilará a las que

sobrevivan, wrunkhos o aliadas. La Gran Alianza quedará bajo mi poder y yo seré el nuevo emperador. ¿No es terriblemente sencillo?

—¿Qué dirás cuando vuelvas y te presentes ante el emperador?

—Bien, eso está calculado. Apenas se presenten las naves wrunkhos yo escaparé y diré al emperador que tú has muerto. Por lo tanto tendré que arrojarte al espacio para hacer desaparecer tu cuerpo. Obviamente, la flota al mando de Homurlue quedará aniquilada debido al ataque por sorpresa, pero al mismo tiempo el número de unidades wrunkhos quedará disminuido, que es conveniente.

»Esos seres son horribles y malvados. Merecen ser destruidos también. No quedará nada ni ningún poder que me dispute mi ascenso al trono imperial. Cientos de mandos quedarán bajo mi poder porque las únicas naves de guerra serán las de Jiolk…

Las excitadas palabras de Miskaletie quedaron cortadas cuando la estancia se llenó de un estridente aullido.

En seguida, una voz surgió de un comunicador, diciendo:

—Excelencia, nos atacan. Explosiones desconocidas han destruido la sección central de impulsión hiperespacial.

—¡Ese maldito Homurlue nos ha traicionado! —gritó el mariscal.

—El ataque no ha partido de la flota armoita ni de sus aliados, excelencia. Es desconocida la procedencia…

—Bien, que se dé la alarma y se me informen de los daños y cuanto tiempo se precisará para repararlos.

De un golpe Miskaletie cortó la comunicación y torció el gesto al ver sonreír a la princesa.

—Ahora no podrás marcharte en seguida y estarás aquí cuando se presenten los wrunkhos, que por cierto no saben que tú los utilizas en tu beneficio.

—Los daños pueden ser reparados a tiempo. Y si no es así evacuaremos a otra nave. Pero mientras tanto ordenaré a las restantes que se pongan en marcha. Sólo quedará una para trasladarnos a ella.

La puerta del despacho del mariscal jiolk se abrió abruptamente y entró un oficial, quien al recibir la mirada furibunda de su jefe se postró en el suelo, gimiendo:

—Perdón, señor. He tenido que entrar para advertirle que una nave extraña y desconocida ha penetrado por una abertura de los hangares. ¡Su comunicador está desconectado, señor!

Miskaletie barbotó y de su picuda boca surgió espuma de rabia. Propinó un golpe con su pata al soldado y salió de allí gritando la presencia de sus oficiales.

Zhitae quedóse sola, sumida en sus pensamientos. ¿Qué estaba pasando? Homurlue había prometido no interferir en la retirada de las naves de Miskaletie, pero al mismo tiempo se había producido un ataque, lo cual no podía ser porque los detectores de las naves jiolks habrían dado la alarma con tiempo.

Recordó la pequeña nave de la guardia solar. Los detectores de la flota de Miskaletie no estaban preparados para captar tan pequeño objeto. Tal vez aquel terrestre... Zhitae sonrió. Debía ser así. Sólo Don podía ser capaz de llevar a cabo semejante locura.

La princesa se dijo que nada más que aquellos humanos, vehementes, apasionados en el amor y un poco locos serían ser los autores de la hazaña.

Miró sus invisibles ligaduras. Si al menos pudiera librarse de ellas. Se juró que Miskaletie recibiría una sorpresa cuando regresase.

* * *

El patrullero cruzó las compuertas de la abertura cuando éstas empezaban a cerrarse. Los motores rugieron como un huracán en el interior del hangar. Sólo gracias a las grandes proporciones de aquel campo de aterrizaje interior permitió que Craig pudiese maniobrar la pequeña nave en el interior.

Don miró al teniente, quien mordiéndose los labios intentaba controlar la nave. Rugieron por encima de cruceros jiolks y vieron como aquellos humanoides emplumados corrían asustados y asombrados de un lado a otro.

—Vaya susto que les estamos dando —rio nerviosamente Louis.

—Seguro, pero tenemos que decidir pronto si aterrizamos o continuamos dando vueltas. El coronel nos dijo que si Miskaletie ha llevado a Zhitae a sus estancias privadas debemos dirigirnos a la proa de esta nave.

Craig señaló una abertura rectangular iluminada de amarillo que

veían al fondo del hangar.

—Debe ser ésa. Espero que esta nave entre. Si no es así…

—Todo habrá acabado: lo sé. Ha sido un placer conocerte, Craig.

Don le tendió la mano y el teniente, después de vacilar un segundo, se la estrechó sonriendo.

—Eres el mejor contrabandista que he conocido, Don.

—Ahora presta atención —susurró Don viendo como aquel gran pasillo se les venía encima.

Cerró los ojos cuando entraron. Al abrirlos vio que el patrullero hábilmente pilotado por Craig, y de forma increíble, lo recorría a mínima velocidad. Calculó que apenas sobraban un par de metros a cada lado y unos cuatro de altura. Algunos vehículos discurrían por el túnel, cargado de jiolks, que al ver llegar al patrullero se arrojaban al suelo.

Don pensó que aún no habían disparado contra ellos, pero cuando aquellos humanoides saliesen de la sorpresa se iban a convertir en un blanco que atraería todas las iras de los jiolks.

Miró a Louis, quien empezó a decelerar. El túnel terminaba a dos o tres centenares de metros delante.

El patrullero frenó bruscamente y durante unos segundos se deslizó sobre el suelo. Craig empezó a frenar las ruedas, el vehículo viró y una de sus alas en delta rozó la pared, pareció que iba a precipitarse contra la contraria, pero enderezó su marcha y quedóse quieto a pocos metros del final, en medio de un escandaloso chirrido de frenos.

Saltaron de los sillones.

—¡Dispara contra todo bicho viviente que veas, Brenda! —gritó Don—. Ahora los robots, Craig.

Los robots que habían trasladado del carguero a la nave de la guardia solar fueron puestos en actividad. Eran varias docenas de grotescas máquinas con brazos articulados, pero que salieron de la panza del patrullero y se desparramaron en todas direcciones, ocasionando más confusión entre los aturdidos soldados enemigos.

Escucharon el zumbido del cañón láser manejado por Brenda, que disparaba contra todo aquel que se atreviese a penetrar en el túnel.

Ella gritó desde arriba:

—Chicos, podéis marcharos. Yo os cubriré la retirada.

Don vio que Craig vacilaba y le dijo:

—Mejor que te quedes con ella. Si ves que las cosas se ponen mal y yo no vuelvo con Zhitae procura huir. Déjame media hora.

—¿Qué podrás hacer tú solo?

—Por ejemplo ocultarme mejor que siendo dos, ¿no? Además, si los datos de Tielie son exactos, las dependencias de Miskaletie no están lejos.

—Eso suponiendo que esté allí Zhitae —dijo Craig sombríamente.

—No seamos pesimistas. Hasta ahora, Craig. Y cuida de Brenda, es una chica estupenda.

—Lo sé —sonrió Craig.

Don saltó del patrullero. Miró hacia atrás. Brenda estaba conteniendo casi con insultante facilidad los intentos de los jiolks se aproximarse. Con el cañón láser barría perfectamente todo el túnel.

Corrió hacia las puertas del fondo del túnel. Delante suyo iban varios robots, agitando sus brazos y pasando por encima de cadáveres humanoides.

Conocía algunas indicaciones en escritura jiolk y halló la referente a que prohibía aquel área. Entró por la puerta en cuestión y apretó su láser portátil. Manejando con la otra mano a varios robots, los obligó a que avanzasen delante suyo.

Después de avanzar unos metros por desiertos corredores, los robots le avisaron, cuando dos o tres fueron destruidos, que el enemigo estaba cerca.

Don se agachó y se parapetó detrás de los destruidos robots. Vio a varios gigantescos jiolks correr hacia él, pero no le había visto.

Cuando supieron de su presencia estaban siendo alcanzados por los disparos de Don.

Sólo le quedaba servible un robot tarántula. Era de un modelo fuerte, capaz de izar varias toneladas con sus robustas garras. Lo utilizó para desencajar una puerta de acero. Sorprendió a varios humanoides, a los que mató antes de que pudieran echar mano a sus

armas.

Se alejó de allí, arrugando la nariz a causa del horrible olor a carne y plumas quemadas.

Al doblar una esquina vio que dos jiolks se alejaban, entraban en una habitación y la puerta empezó a cerrarse. Ordenó al robot tarántula que lo impidiese.

La puerta era de acero macizo y muy pesada. El robot intentó detener el avance de las hojas, pero éstas poseían mucha fuerza y fue destrozando las garras. Pero no terminaron cerrándose porque el aplastado robot hizo de cuña.

Don le dio las gracias mentalmente. Aquella máquina había cumplido bien hasta el último momento. Pasó por encima de los destrozados restos. Su pie tropezó una doblada garra y cayó al suelo, en la siguiente habitación.

Apenas había tocado el suelo cuando escuchó silbidos de disparos y una cortina de aire caliente pasó por encima de su cabeza. Se volvió. Los dos jiolks estaban en el fondo de la estancia y disparaban contra él.

Don rodó un par de metros, huyendo de los disparos. Se detuvo y apretó el gatillo. Vio que uno de los enemigos caía, mientras que el otro entraba en la próxima habitación. Ahora no había ninguna puerta blindada y él corrió detrás.

Asomó un momento la cabeza para atisbar. Se hizo cargo que la siguiente estancia estaba profusamente decorada. Deseó que fuese una de las privadas de Miskaletie. Al menos sabría de una vez si Zhitae estaba allí.

Aferró el arma y esperó. Pero cuando escuchó un grito no lo dudó más y saltó, plantándose dentro de la habitación.

El horrible Jiolk estaba inclinado sobre Zhitae. La mujer llevaba en la mano un pequeño puñal con el que hería al humanoide.

Cuando la zarpa se alzó con las uñas al descubierto, Zhitae volvió a gritar, más desgarradoramente ahora. Don se lanzó adelante y disparó.

El dardo de fuego atravesó al jiolk de parte a parte. Plumas saltaron al aire y luego el enorme cuerpo se tambaleó. Aún tuvo Don tiempo de correr y tirar de Zhitae antes que ésta recibiese el peso del humanoide.

Se escuchó un seco golpe del cuerpo al chocar contra el suelo. Don respiró y miró a Zhitae, tocándola para asegurarse que no había sufrido daño alguno.

Ella se abrazó a él. Empezó a sollozar y Don se estremeció al sentirla cerca. La besó repetidas veces, pero tuvo que contenerla cuando ella prosiguió con verdadera pasión.

—Bueno, basta —sonrió—. No es el momento.

—Sería apasionante —susurró ella dándole el último mordisquito en la oreja—. Hacerlo aquí, en medio del peligro. Excitante, ¿no?

Levantándose, dijo Don:

—Creo que sigo prefiriendo tranquilidad, penumbras y un suave lecho —miró el arma del jiolk. La tomó. Era un poco grande para él, pero podría manejarla. Entregó su láser a Zhitae—. Tendremos que abrirnos paso hacia el patrullero.

—¿El patrullero? ¿Entonces habéis llegado en el patrullero?

—Sí. Era lo único que podía acercarse sin ser descubierto. Vamos, vamos. Brenda y Louis estarán impacientes.

—¡Ellos te han acompañado! Verdaderamente tienes unos amigos singulares, extraordinarios.

—Eso creo. ¿Estás dispuesta?

Ella asintió y él caminó delante.

Cuando pasaron por encima de los cadáveres lo hicieron mirando hacia el suelo para no tropezar. Se detuvieron de golpe al escuchar voces en idioma jiolk que él no pudo entender. Se volvió para mirar a Zhitae, pidiéndole en silencio que le dijese de qué hablaban.

—Se acerca Miskaletie. Está furioso —tradujo Zhitae—. Parece ser que todas sus naves han huido, excepto una, que se ha aproximado a ésta para evacuar la tripulación. Pero hace apenas unos segundos la flota de Armoit se ha puesto en marcha y está cercándonos. El mariscal jiolk maldice a Homurlue porque le ha engañado.

—Ese viejo estará hecho un lío, pero creo que ha hecho lo conveniente —murmuró Don empujando suavemente a la princesa hacia atrás.

Las voces se aproximaban. Cesaron y sólo escucharon el rumor de

unos pasos grandes.

Súbitamente apareció la enorme masa de Miskaletie. Don se plantó delante de él, apuntándole.

El jiolk se detuvo y bamboleó su enorme cuerpo. Sus garras oscilaron delante de la cara de Don, pero ante la negra boca del arma empezó a inmovilizarse.

—Maldito seas, terrestre. Debí pensar que tú estabas aquí cuando he visto los cadáveres de mis soldados —mascullló Miskaletie.

Posó su mirada en la princesa, añadiendo:

—Venía para matarte personalmente, Zhitae. Con sumo placer hubiese hundido mis garras en tu frágil garganta.

—Ya es tarde, pájaro de mal agüero —dijo Don—. Ve delante nuestro. Nos servirá para que nos dejen llegar hasta el patrullero.

Entonces Zhitae, sorprendiendo a Don, vociferó, indicando al jiolk con un tembloroso índice:

—¡Este hijo de devorador de carroña debe presentarse ante el emperador y pagar sus actos! Es un traidor.

En pocas palabras contó a Don el doble juego de Miskaletie.

—Pero no os salvaréis —gorgoneó el Jiolk—. Pronto irrumpirán desde el hiperespacio las naves wrunkhos, antes de lo que espera Homurlue. Serán cogidos por sorpresa y destruirá la flota de Armoit y las de Sirkania, de Brentia.

—Y tú no podrás escapar —recordó Don.

—Me es igual. Creo que he perdido la partida, pero conmigo morirá lo mejor de la flota de la Gran Alianza, y en mis mundos alguien habrá que recoja la antorcha y mis ideales y aún el pueblo Jiolk puede vencer.

En aquel momento se produjo una gran conmoción y todos estuvieron a punto de perder el equilibrio. Don pudo aguantarse firme e impidió, apuntando a Miskaletie, que éste diese media vuelta y huyese.

Un jiolk entró vociferando en su lengua. Antes que se diese cuenta que su jefe estaba apresado por los humanos, Zhitae le disparó, derribándolo fulminado.

—Decía a su jefe que las naves armoitas han inutilizado la nave adonde se iba evacuar la tripulación de ésta. Ahora son dos las inmovilizadas.

—Bien, Miskaletie, avance —dijo Don moviendo la gran arma jiolk—. Salga al túnel. Al menor movimiento le achicharro.

Caminaron, pasando delante de los atónitos soldados de escolta de Miskaletie que habían quedado aguardándole en las otras estancias.

No tuvieron que decir nada. Su actitud era muy explícita y los humanoides comprendieron que la vida de su jefe dependía de su actitud.

Zhitae se acercó a Don y le susurró al oído:

—No te fíes. La actitud pasiva de Miskaletie no es lógica. Tal vez piense algo o tenga escondido un triunfo.

Pero Don no veía nada alarmante. Los soldados habían quedado atrás y cuando llegaron a la puerta por la cual pudieron ver al patrullero no descubrió nada anormal. Ni siquiera eran atacados por los humanoides.

Por el altavoz, Louis le gritó desde el interior del patrullero:

—¡Vamos, adentro! Los hemos rechazado, pero volverán.

Corrieron hacia el patrullero, Don empujó a Zhitae al interior y aquel momento de descuido suyo fue aprovechado por Miskaletie para empujarle y echar a correr.

Don se revolvió furioso, pero Brenda le tendió la mano para que entrase.

—Arriba —le dijo.

Apenas entró, Louis puso en marcha los reactores.

# CAPÍTULO X

Pese a la anchura del hangar, Louis tuvo dificultades para hacer girar al patrullero. Las alas rasparon las paredes y al final rugieron a más potencia los reactores y salió disparado.

Fue justo a tiempo. A mitad del túnel, emergiendo de unos laterales, estaban entrando soldados portando armas de mayor calibre. El patrullero se les echó encima, atropelló a algunos y los demás escaparon.

Don se sentó junto a Louis. Cuando vio que Zhitae se sujetó a un asiento trasero y Brenda volvía a su puesto ante los proyectores, preguntó al teniente por la situación.

—Mira por el túnel, Don —dijo el guardia solar—. Tendremos que elevarnos apenas salgamos de él y cruzar todo el hangar que hay delante. Y al fondo están las compuertas, cerradas ahora. No quieren que huyamos.

—Fui un tonto al dejar que Miskaletie escapase —se lamentó Don —. Ahora está organizándolo todo para impedirnos escapar.

—He dicho a Brenda que apenas nos elevamos un par de metros cuando salgamos del túnel empiece a disparar contra las compuertas. Tendremos unos diez segundos para conseguir que el fuego de los láseres destrocen los paneles de acero. Si no lo conseguimos nos estrellaremos.

—¿No ves otro plan mejor?

—Yo, no. Y si nos quedamos más tiempo nos destruirán los jiolks o los wrunkhos cuando se presenten, que temo será pronto.

Don resopló.

—Entonces adelante —dijo.

El patrullero salió del túnel y se elevó dos metros. El estampido de los reactores creció y la proa se dirigió directamente hacia la compuerta cerrada.

Don pudo ver de soslayo como los jiolks se movían alrededor de sus cruceros de combate. La onda expansiva del patrullero derribó algunos.

Notó la vibración que producía en el patrullero el incesante fuego de los láseres manejados por Brenda.

No pudo sustraer su atención de la pantalla que enfocaba delante de ellos. La lejana compuerta cerrada crecía de tamaño, vertiginosamente para los ojos de Don, mientras recibía una incesante lluvia de fuego.

El patrullero ganó velocidad y apenas estaban a cien metros de las aceradas hojas de acero cuando éstas se debilitaron hasta el extremo que la presión interna las hizo saltar, convirtiéndolas en pequeñas partículas que fueron expulsadas al espacio.

En medio de una lluvia de trozos de metal, el patrullero alcanzó el espacio.

Louis gritó y Don lanzó un juramento. Zhitae proyectó un gemido y desde arriba llegó la exclamación de triunfo de Brenda.

Louis se relajó. Se secó el sudor con el dorso de la mano enguantada. El patrullero voló por debajo de la panza de la gran nave jiolk, hasta que la dejó atrás. Luego cruzó por delante de la proa de la segunda nave humanoide que se había unido a la primera para proceder a la evacuación.

Antes de alejarse más pudieron ver los destrozos que el ataque de las naves de Armoit habían producido en la segunda nave que se había quedado allí para rescatar a su jefe y demás tripulantes.

—La flota de la Gran Alianza está cerca —dijo Craig señalando las indicaciones de los detectores.

—Esperemos que no nos disparen desde las naves jiolks —deseó Don.

Apenas terminó la última palabra, la pantalla se llenó de luz.

Brenda les gritó:

—¡Nos disparan!

—No pueden ser los jiolks —susurró Craig.

—Los disparos provienen del espacio externo a la órbita de Plutón —dijo Don—. Me temo que la flota wrunkho se nos echa encima.

—No son puntuales que digamos —dijo Brenda entrando en la sala de mando.

El comunicador se encendió y dijo la voz del mariscal Homurlue:

—Les hemos detectado. Enviamos una señal para que se dirijan a mi nave insignia —pareció ansiosos al preguntar—: ¿Qué les ha pasado?

—Todo bien. La princesa está con nosotros. ¿Qué pasa?

—Son los wrunkhos. Les recibiremos adecuadamente.

Louis rio al decir:

—Tengo en mi dirección la nave del mariscal. Estamos a salvo.

—Bueno, eso será un decir. Cuando estemos dentro de la nave de Homurlue soportaremos en ella la batalla.

—Si nos dan tiempo los de Wrunkh para ponernos a salvo —dijo Brenda.

Después de unos segundos, consultados los datos, Louis dijo:

—A mitad del camino entre la flota aliada y los wrunkhos están las dos naves jiolks. No podrán moverse y servirán de blanco a los invasores. Miskaletie y los suyos morirán a manos de esos seres que querían usar para apoderarse de los mundos de la Gran Alianza.

—Y encima prestarán un servicio valioso a los navíos aliados. Mientras reciben el fuego de los wrunkhos indicarán la presencia de éstos en el espacio y será un juego de niños destruirlos —rio Zhitae.

* * *

Vieron por segunda vez la grabación.

En el espacio estaban las dos naves jiolks. De pronto unos rayos confluyeron en ellas y se formó una gran bola de fuego que las devoró.

Se encendieron las luces y el mariscal Homurlue, volviéndose al grupo de espectadores, dijo:

—Es la evidencia que demostrará al emperador Utirgae que su enemigo murió a manos de los wrunkhos. También convencerá al pueblo Jiolk que su líder era un traidor. Creo que podremos evitar una guerra civil entre los mundos de la Gran Alianza.

Don estaba sentado al lado de Zhitae y agarró la mano de la muchacha, apretándosela con fuerza. Rememoró la cruenta batalla que apenas hacía una hora había concluido con la aplastante victoria

de las naves armoitas y sus aliados de Brentia y Sirkania.

Los wrunkhos fueron destruidos en su totalidad. No hubo supervivientes, aunque se suponía que un par o más de naves habían logrado escapar por el hiperespacio.

El mariscal tosió y pareció no encontrar las siguientes palabras.

—Bien, todo se ha resuelto satisfactoriamente. Ahora nos toca discutir la cuestión más delicada.

Zhitae se libró de la mano de Don y levantándose se colocó junto a Homurlue.

—Lo diré yo. Ei mariscal no sabe qué decisión tomar porque le he dicho que me quedaré en este Sistema Solar.

—De no ser por la excesiva distancia que existe con Armoit solicitaría instrucciones al emperador —protestó Homurlue—. Pero eso no es posible. No puedo negarme a una petición de un miembro de la familia imperial, pero tampoco dejarla aquí y luego recibir un castigo de Utirgae.

—Redactaré una declaración eximiéndole de toda responsabilidad, mariscal —recalcó Zhitae—. Será suficiente.

El militar movió la cabeza.

—Me cuesta trabajo dejarla aquí, entre estos... —miró a los terrestres. Se tragó la palabra bárbaros y añadió—: aborígenes de un Sistema Solar con los cuales no podemos tener relaciones en muchos siglos.

—Es igual —dijo Zhitae, sonriendo y regresando al lado de Don —. Quiero a este hombre y seré feliz con él. Homurlue, ya sabes que siempre me han apasionado las investigaciones acerca de otras civilizaciones. La Tierra y los demás mundos que forman el Sistema Solar será un experiencia increíble para mí.

—¿Está decidida?

—Sí.

—¿Cómo volveréis?

—En el módulo de exploración.

—¡Eso es imposible! No podemos dejar semejante medio de investigación en manos de una civilización no capacitada para su uso.

—Sólo la quiero para que nos devuelvas al mismo sitio y tiempo, digamos unas horas después, cuando encontré a los terrestres. Entonces saldremos con las naves del campo energético y desde aquí podréis traer el módulo temporal por control remoto.

El mariscal se resignó, abatiendo los hombros.

* * *

—Es el momento de despedirnos, Louis —dijo Don mirando al teniente.

Apenas hacia unos instantes que el módulo temporal les había dejado exactamente en el mismo lugar donde fueren atraídos por Zhitae, y a sólo dos horas después.

El teniente pareció indeciso.

—Bien, yo…

Brenda se le colgó del brazo.

—¿Es que acaso piensas entregarnos a la guardia solar?

—Es mi deber…

—¡Bah! La flotilla que pediste a la base para rodearnos aún está lejos. Si nos damos prisa estamos a tiempo de burlarlos.

Craig miró a Brenda.

—¿Qué podría hacer yo entonces?

—Cariño, acompañarme a Ganímedes. El mismo presidente Lestone te recibirá y dará la ciudadanía de las lunas libres.

Don tosió discretamente, viendo que Brenda empezaba a besar a Craig.

—Un momento, un momento. Estamos nosotros, ¿no?

Brenda rio.

—Creo que la población de Ganímedes aumentará considerablemente. Zhitae, ¿estás segura de empezar tu vida en el Sistema Solar convirtiéndote en ciudadana de Ganímedes?

Y la princesa, reclinando la cabeza en Don, dijo:

—Si con ello no nos separaremos.

Craig miró con pesar su patrullero, varado a pocos metros del carguero de Don, donde aún discutían su futuro.

—Lamento dejarlo. Es un gran aparato.

—Sin duda, pero en Ganímedes podrás tripular estupendas naves. Y algún día, pronto tal vez, la Tierra reconocerá la plena soberanía de las lunas de Júpiter y podremos ir a la Tierra como turistas.

—Espero que no tardemos mucho —suspiró Don—. He prometido a Zhitae mostrarle todas las capitales europeas. Le hablé de París, Roma y demás y está ansiosa.

Craig se acercó al panel de mando del carguero y pulsó un botón. Vieron como el patrullero se alejaba de ellos, hasta perderse de vista en el espacio. El indicador de a bordo atraería a la flotilla que les perseguía y ellos podrían trasladarse a Ganímedes con toda tranquilidad.

Al cabo de un instante de silencio, Craig comentó:

—Creo que tenéis razón, amigos. Esto ha sido lo más sensato que podíamos hacer.

—No lo dudes, Louis —sonrió Don, pensando que le había costado mucho esfuerzo y persuasión convencer a Craig de que no podían explicar a la Humanidad que durante unas horas largas había estado en grave peligro de extinción, amenazada por una raza procedente del fondo de la galaxia.

Naturalmente tampoco podían hablar de la Gran Alianza, de los mundos regidos en el otro extremo de la Vía Láctea por el emperador Utirgae, padre de Zhitae, su compañera.

—No habrían dado crédito a nuestras palabras —dijo Craig—. Y mis superiores me habrían internado en un manicomio. Ni siquiera la presencia de tu princesa nos habría servido como prueba.

—Así es. Y me alegro. No me gusta la popularidad —rio Don—. Me alegro de no volver a la Tierra. Mi última operación como contrabandista resultó un fracaso y me habrían metido en la cárcel a causa de las deudas. Y también a Rombagle.

Al escuchar el nombre del titaniano, Craig miró alarmado a su alrededor.

—Demonios, ¿dónde está Rombagle? No le he visto desde que nos acercamos por primera vez a la nave del mariscal…

—No te preocupes por él. Es un tipo inteligente. Su raza tiene la rara habilidad de entrar en trance cuando las cosas se ponen serias. Son como los avestruces, pero eso les evita infartos. Seguro que estará bien encerrado en su camarote, con todas las llaves echadas.

—Bueno, espero verle pronto. Es un ser simpático —dijo Craig—. Si al menos hubiésemos conservado el módulo temporal...

—Ha sido mejor que Homurlue se lo llevase —afirmó Zhitae—. Mi padre se enfurecerá, pero terminará calmándose. Si nos hubiésemos quedado con el módulo habría enviado a por él.

—Yo haré la primera guardia, Don —dijo Craig, no de muy buena gana.

—Nada de eso. Descansad vosotros —dijo Don categóricamente —. Puedes relevarme dentro de... tres horas. ¿Será suficiente?

—Sí, claro —asintió Craig. Tomó a Brenda por los hombros y la condujo fuera del puente de mando—. Seré puntual.

Suspirando, Don se sentó delante de los mandos, empezando a poner en funcionamiento el carguero. Luego vio de reojo que Zhitae se acomodaba a su lado. La miró y dijo en tono de disculpa:

—Pensé que le debía a Louis y a Brenda algo. Tendremos un poco de paciencia, cariño. Cuando nos releven te mostraré mi camarote. No es muy grande, pero la cama es cómoda. Y tengo allí un dispositivo que anula la gravedad artificial. ¿Has hecho alguna vez el amor en caída libre?

Ella se acercó a Don y susurrante le dijo:

—Serán tres horas interminables, amor mío. Por cierto, ¿no tienes en este cacharro un piloto automático?

Don se mordió los labios.

—No. Y lo siento como nunca. Pero no conseguimos el dinero para instalar uno.

Escucharon un arrastrar de pies suaves y se volvieron. Sonrieron. Rombagle entró en el puente, restregándose los ojos. Miró a sus amigos y preguntó con voz dificultosa:

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos? Lamento haber entrado en trance cuando la cosa estaba más difícil, pero yo...

Don bajó del sillón y situó el adecuado para Rombagle ante los mandos. Luego tomó al titaniano y lo situó en él, diciendo:

—Querido amigo, si no te has olvidado de pilotar este viejo carguero condúcelo a Ganímedes.

—Pero… ¡Don, tienes que decirme qué ha pasado!

Don colocó el cinturón. Agitó su índice delante de los ojos ansiosos de Rombagle, diciendo:

—Amigo, eres providencial. Te quiero. Pero quédate aquí y pilota con atención. Dentro de tres horas te relevará Louis. Él te lo contará todo.

—¿Louis? ¿Qué hace aquí aún? ¡Han pasado muchas horas…!

—Bastantes, pero por él te enterarás de todo. Hasta la vista.

Tomó a Zhitae, que reía divertida, de una mano y salieron del puente, dejando a Rombagle torciendo el gesto y lanzando maldiciones.

Al final el titaniano se encogió de hombros y pensó que se había despertado en un momento justo para dar una alegría a su amigo.

Bueno, esperaría para conocer lo sucedido; pero si Zhitae estaba allí tal vez todo habíase resuelto de forma favorable.

**FIN**


Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la
Selección
TERROR
que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.